

CHISTES DE LA SIERRA TARAHUMARA

(Contados por la Gente Mestiza)



CHISTES DE LA SIERRA TARAHUMARA

Contados por la Gente Mestiza
y
presentados en la forma en
que fueron contados

Recopilador: Don Burgess McGuire
Dibujante: Cathy Moser de Marlett
Folklorista: John West Billingslea

Publicado por
Don Burgess
Calle 34 Núm 1812
Chihuahua, Chih.
1987

Edición de 1500 ejemplares

CONTENIDO

CHISTES DE COSAS EXTRAORDINARIAS

Antonio Méndez 5

Rafael Fontes 32

CHISTES DE TRAMOSOS 41

Pedro Maulas 42

Don Cacahuate 51

San Pedro 58

El Compadre Rico y el Compadre Pobre 70

CHISTES DE ANIMALES 79

CHISTES DE LOS TIEMPOS MODERNOS 90

CONCLUSION 97

ANALISIS FOLKLORICO 103

CHISTES DE COSAS EXTRAORDINARIAS

Antonio Méndez

Don Antonio Méndez era un hombre que vivía en el rancho de Santísimo, cerca de Uruachi, hace como setenta años. Andaba componiendo mentiras. De él mismo las contaba, y las contaba como si fueran la verdad, como que él mismo hacía estas cosas. Y si se rieron los niños cuando los oyeron, se enojó Don Antonio con ellos. Hay gente que todavía vive que le conoció, y siguen contando los chistes que contaba él.



Había un señor que se nombraba Antonio Méndez. Su esposa se nombraba Cuca. Estaba ella en mal estado de un niño. Se le antojó carne de venado, carne de liebre, carne de godorniz*, y miel de enjambre--se le antojó. Entonces le dijo:

--Va, vieja, pues no me habías dicho.

Tenía un cartucho en su rifle.

El rancho en donde él vivía se llamaba Santísimo, y arriba del cerro, en La Periquera que le dicen, hay una laguna en el cerro en la laja. Se juntaba agua y no se seca.

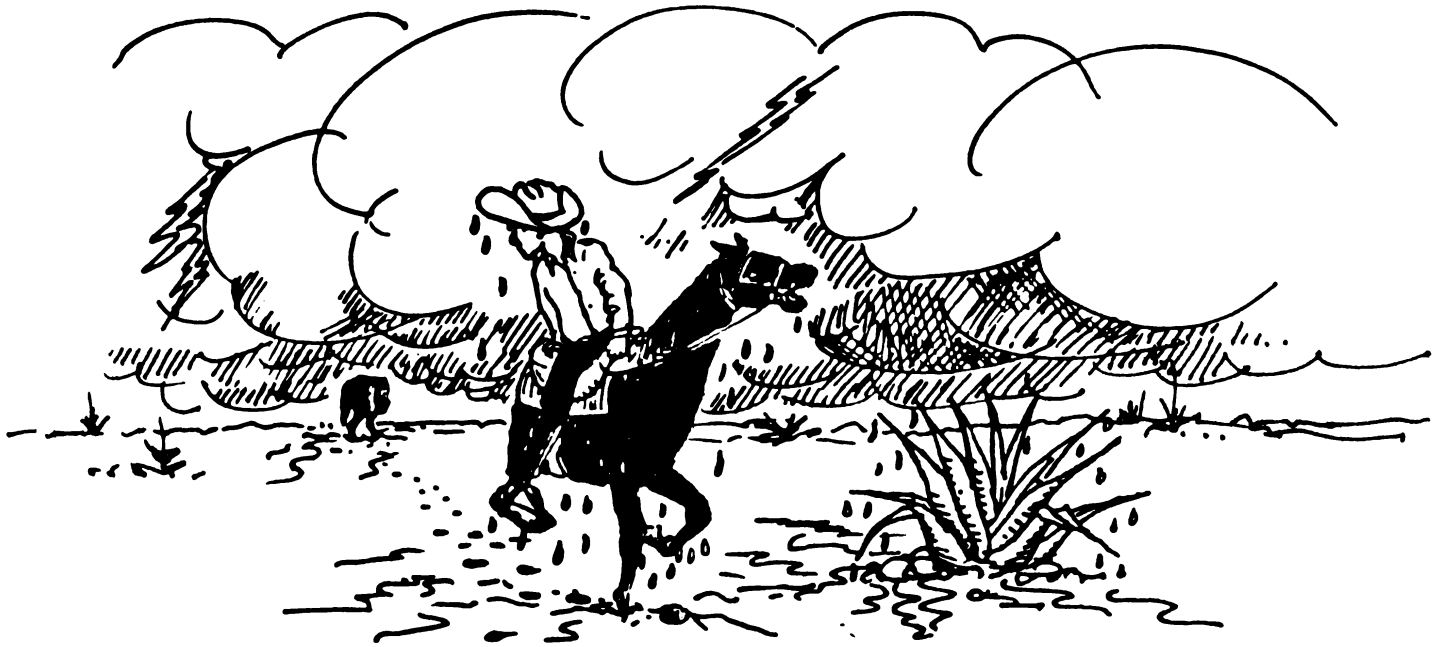
Se subió él, y cuando llegó a la orilla de la laguna, vio rodeado de venados la tinaja de agua. Entonces dijo él:

--¿Como tiraré estos para matarlos todos? ¿No? Yo le meto rodeo al rifle --dijo--. Hago arco poquito.

Pues, sí, hizo arco, y le tiró al primero que estaba así, y se fue la bala por tumbe y tumbe de venados por alrededor de la laguna. Y tras de él estaba un encino, ¿no? y si no se quita también viene y le pega a él de vuelta, pero le pegó al encino. Cuando oyó sonar que sonaba una corrientita de agua por detrás de él, volteó a ver, ¿no? pues, era un chorro de miel. Ya le había pegado al enjambre.

Entonces le tiró un agarrón a unas hojas, ¿no? para tapar el abujero de la miel, y agarra las orejas de una liebre. Y él, cuando andaba costaleando a la liebre, ¿no? pues, ¿no mata a los godornices que estaban echaditas allí? Así es que le trajo todo el antojo a su señora.

* cordoniz



Pues, le dijo a la señora:

--Vieja --dijo-- voy para Sonora yo.

Bueno, ensilló su caballo, y se fue. Fue en el tiempo de aguas. Caen muchos rayos. Por allí en esa cumbre que le dicen Las Palmas, por allí le alcanzó una lluvia, y el caballo, como llevaba cuatro patas, decía: "zacatecas, zacatecas," es que decía el caballo. Ya que pasó la lluvia, ¿no? los rayazos aquellos, ya decía: "zaca, zaca," nomás el caballo. Entonces voltéo pa-trás y ya vio que no llevaba las patas el caballo, ya lo había trozado el rayo con todo y tiento*. Había dejado el pedazo.

Entonces le dio pa-trás de reversa al caballo, ¿no? hasta que encontró la ancla**, y se pegó. Entonces sí ya decía: "zacatecas, zacatecas," otra vez.

* donde amarran la cobija

** la parte de atrás



Bajando a un lugar que le dicen San Agustín, se encontró con un americano, y pa-pronto se hicieron de razones él y el americano, ¿no? de arriba de su bestia. Y los dos sacaron sus cuchillos, ¿no? sus machetones, y se tiraron cada uno a la cabeza, y los dos se tumbaron la cabeza al mismo tiempo.

Entonces se bajó Don Antonio del caballo y anduvo tentando en el suelo, y encontró una, y se la puso, pero luego comenzó hablar inglés, y dijo:

--Esta no es la mía --dicen que dijo.

Pero ya había visto la de él, donde estaba, y se puso la de él, y siguió el camino. Y al americano, lo dejó sin cabeza allí.



Pues se fue pa-Sonora. Luego fue y compró una tonelada de sal, y una burra, y se la echó toda la tonelada de sal, y se lo trajo al rancho. Hay viene y voló un cerro la burra. Sí, como unos ochocientos metros tiene el cerro de alto. Se desprendió la burra con todo y sal por el cerro. Dijo:

--Voy a ver que quedó allá abajo.

No, pues ya vio la burra encajada en la laja hasta las rodillitas, pero la sal allí estaba, no lo había tirado. Pues allí se enterró en las lajas.



Pues ya llegó, vendiendo sal ahí pa los ranchos, y por ahí en ese Gosogachi tenía un compadre él, Anastasio Campos le nombraba. Le dijo:

--Compadre --le dijo-- me está acabando el oso los elotes.

--¿Dónde?

--Pues ahí, unas mahuechas que le dicen Los Balensuleñas --le dijo.

--Apártame una tercecita de ocotes bien partidito --le dijo-- y en la noche vamos a ver el animal.

Pues, sí, nomás se hizo noche y se fue él, y al entrar a la siembra; prendió un tercecito de ocotes, ¿no? Pues luego se va hallando el animal, pues el animal luego echó a correr. Y él no desamparó el tercio de ocotes de las verijitas*. Ahí la llevaba la lumbre pegada, pegada hasta que cayó el animal. Le quemó las patas, ese Don Antonio Méndez.

* entre las piernas



Ah, pues, un día se puso a hacer como doscientos mecatitos, así de tres cuartas. Le dijo la vieja:

--Oyes --dijo-- ¿que vas a hacer con tantas mecatitos?

--Voy a amarrar huíjolos* --le dijo.

Pues, se fue. Estaba un pino llenitos de huíjolos dormidos allí. Se subió y comenzó a amarrar de uno por uno de una patita, y luego lo amarraba al patito, hasta que llegó al copo, amarrando el último, haciendo extremo los huíjolos. Pues tanta animal, ¿no? sacaron el pino, y se lo llevaron de una cumbre a la otra. Entonces ya, ya estudiaron los aviones, dicen. Con eso estudiaron los aviones, porque él voló. Sí voló a una cumbre lejos. Se lo llevaron los huíjolos en el palo. Él iba pegado en el palo, sí. Allí iba pues, él iba también. Sí, pues, él también. Lo llevaron del cerro Santísimo hasta Franco allá, a la Cieneguitas.

(contados por Eduardo Contreras)

* guajolotes

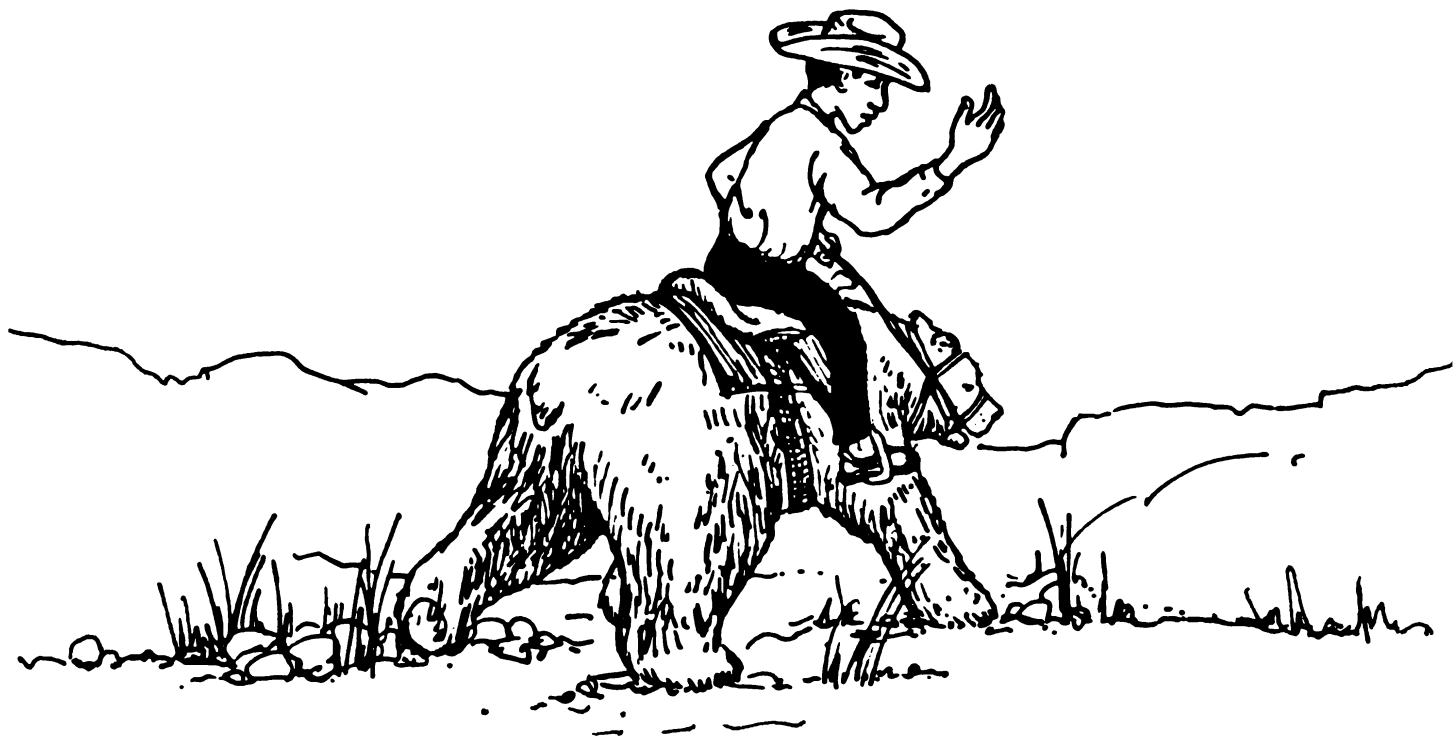


Le dijo Don Antonio Méndez a su mujer:

--Pues no hay sal aquí en Santísimo. Me voy a ir por Baqueriachi a las mesas y voy a dar la vuelta por La Periquera, y cuando vengo aquí a Santísimo, volteas un cuero de res al revéz. Ahí me voy a tirar yo. Ahí voy a sudar sal.

Pues ya hubo sal para todo Santísimo.

(contado por Agustina Polanco Merás)



Don Antonio montó a una burrita y se fue a ver una siembra que tenía por allá pa-riba, a un lado de Muleto. Se le oscureció, y sebañó * la burrita pa un rincón allí. Entonces en la noche, a la madrugada, fue a agarrar la burra, y agarró un oso. Pero no sabía que era oso. Habían muchos osos antes. Y le echó la silla, y se fue. Nomás que muy reciego el oso, no quería caminar pa-delante. Batallaba pues para ir caminando. Luego que ya amaneció, vio pues que no era la burrita, era oso. Iba montado él en el oso. Llegando a Cajurichi, allá fue amaneciendo arriba del oso. Lo amansó él.

* pastar en un potrero



Ese Antonio Méndez tenía una manada de yeguas, y con todo y burro meso*, pues muchas yeguas. Y las sabañó. Fue en octubre. Había muchas calabazas pues. Y se le perdieron, se le perdieron las yeguas. No las hallaba. Entonces oyó relinchar cercas de donde está una calabaza grande. Y estas escarbaron, hicieron un abujero, y se metieron toda la manada de yeguas que tenía, se metieron adentro de la calabaza, y allá sonaban adentro. Por eso las halló. Pues se las trajo. Era una calabaza muy grande. Toda la manada tenía allí adentro.

(contados por Tomás Merás)

* un burro criado entre yeguas con el fin de obtener mulas

Este es uno de los cuentecitos de Antonio Méndez, ¿no?

Él tenía en su casa dos perros. Una perra que se nombraba La Pelar, y un perro que se nombraba El Guante. Y la perra la amarraba siempre en donde tenía un cocedor donde acocían* pan, y le llaman horno. Y el perro que se llamaba El Guante, ese lo amarraba en un encino.

Pues, un día se fue Don Antonio Méndez por la falda, ¿no? con su acha para traer leña, y allá se topa con un tigre. Entonces tenía un niño que se nombraba Prajedis. Entonces le empezó a echar gritos Don Antonio Méndez de allá de la falda. Dice:

--Prajedis...tráete los perros --dice.

Entonces le grita el Prajedes. Le contesta:

--¿Dónde están, papá? --le dice.

Entonces le grita el viejito:

--Ahí está El Guante en el encino, y La Pelar en el horno, mi hijito.

*horneaban

Pues se va el Prajedis con los perros. Pues, ¿no? luego vieron el tigre, y se le fueron encima. Pues el tigre brincaba, y peleaba un rato con los perros, luego se subió arriba de un árbol, y allí se estaba. Y los perros se quedaban mirando pa-riba. De allá volvió a bajar el tigre. Volvió a pelear con los perros, y así se fueron, pero como iban muy, pues, a carrera los animales, tanto el tigre como los perros, Don Antonio se cansó, y se perdieron. Ya no oyó ladrar los perros ni nada sino que se le hizo noche. Se regresó a su casa. Y los perros se perdieron.

Pasaron los días y se fue Don Antonio a campear. Pues llegó a donde estaba una laguna, y allí cerca a la laguna estaba un árbol, grande, y allí estaba el tigre arriba el árbol, así, mirando a los perros por abajo, y los perros lo miraban así pa-riba, pero ya estaban muertos. Se murieron de hambre, y se secaron. Allí estaban, los perros mirando al tigre pa-riba el árbol, y el tigre mirando a los perros por abajo.

Llegó Don Antonio, y se sorprendió. Al primero que miró fue el tigre, ¿no? Pensó que estaba vivo. Entonces ya cogió una piedra, y le tira... nada, ya estaba seca ya. Ya se había secado. Entonces como estaba la laguna así, cogió al tigre de la cola así... y le dio vuelo, y cayó adentro del agua. Y luego cogió los perros del mismo modo, y los tiró al agua también. Pues se sentó a fumarse un cigarro de hoja. Cortó la hoja y luego torció el cigarro. Cuando acordó, ya se andaban peleando otra vez el tigre y los perros adentro del agua. Sí, se remojaron, y se volvieron a agarrar el pleito, ¿no?



Pues, que ahí andan, entonces Don Antonio corrió con el machete, y que resulta que el tiempo que se acerca, le brinca el tigre a Don Antonio, y así, y Don Antonio le metió la mano por el hocico, y tenía largo el brazo. Le pepenó la cola al tigre, así, por adentro, y puso los dos pies en las quijadas, y lo volteó al revés. Y que decía* a Don Antonio:

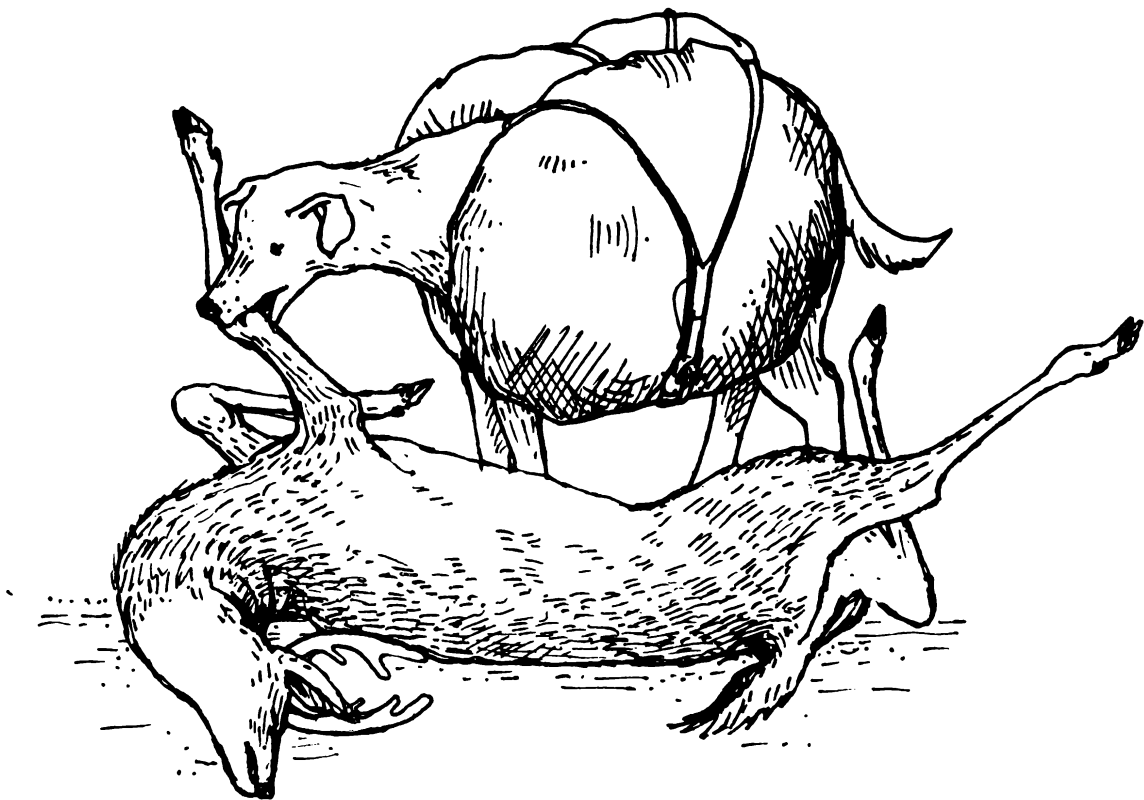
--Ahh suvino**, ¡al revés son más bravos todavía!

Pues al último lo mató a machetazos así allí, pero fíjese cómo revivió el tigre y los perros. Y se los llevó a su casa. El tigre ya lo había matado él allí; porque volteó al revés, ¿no? Y se lo llevó a su casa junto a los perros, pero los perros iban por su pie.

(contado por Heracleo Huereque)

* decía uno que estaba escuchando al chiste

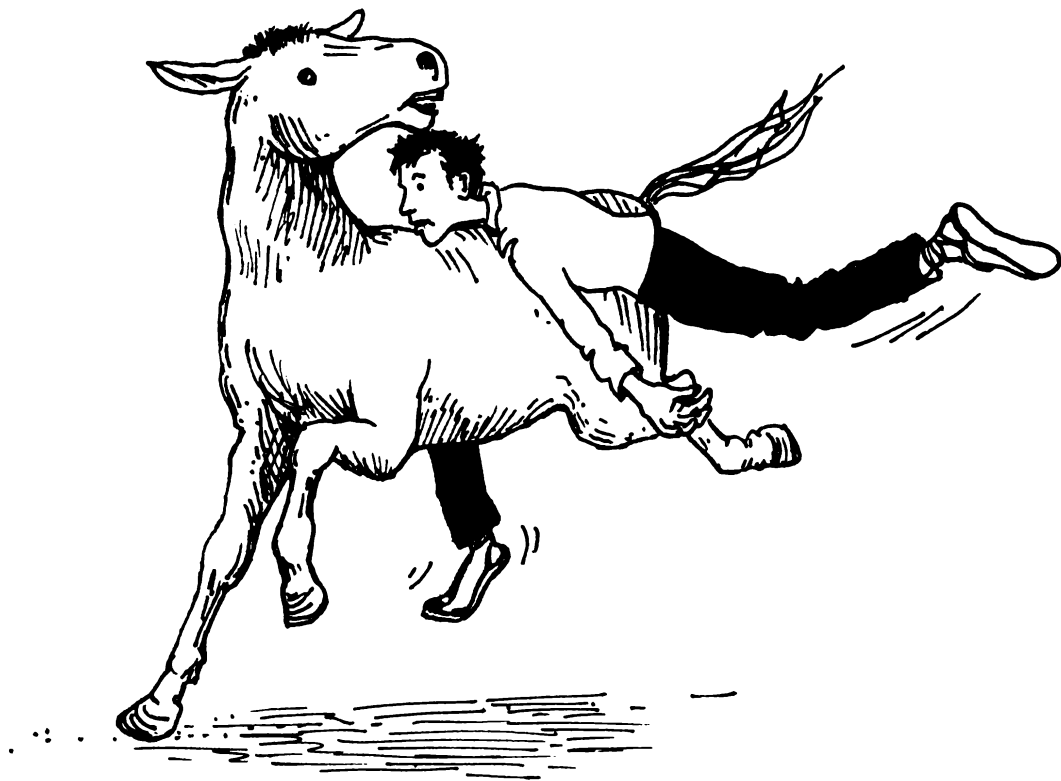
** sobrino



Una vez el Sr. Antonio venía de Arechúibo, ¿no? Y traía una burra cargada de frijol, y en eso en el camino cánsasele de la burra, y cargó la perra de frijol. Le echó el aparejo y echó la carga. Y ya de bastante andar de camino ya cerca el rancho donde iba, que era Sepaibo, le salió unos venados a la perra, y se fue la perra atrás de los venados con la carga del frijol. No, pues, el viejito se quedó triste, y dijo:

--Pues la perra me tiró el frijol.

Y se fue él a su casa donde llevaba el frijol. ¿No? en la tarde llegó la perra arrastrando el venado y con la fanega del frijol en el lomo.



No, pues, en una ocasión el mismo señor también se echó esa mentira, que buscaba una mula que tenía bronca, no sabía de silla. En esa ya la devisó que venía con una manada de yeguas, y se puso en un barranco y al pasar la muleta le cayó en el lomo. Y con la fuerza que iba, le cayó en el lomo y se rajó hasta arriba. El huesito este de la quijada quedó pegado. ¿No? el muleto siguió reparando con los pies del señor arrastrando hasta que el muleto se controló. Entonces él se va subiendo pa-rriba, y volvió a pegar, y siguió a caballo en la muleta.

(contados por Rafael Estrada)

Rafael Fontes

El señor Rafael Fontes vivía en la misma época de Antonio Méndez, tal vez un poco después. El señor Antonio Loera, quien nos cuenta algunos de los chistes de él, le conoció y nos cuenta lo siguiente:

--Cuando él era viejito ya estaba ciego, se ciegó. Yo lo halló así. Yo hacía mandados al señor. Ya era un cieguito, ya. Cuando yo platicaba con él, ya tenía como 80 años el señor. Yo tengo 56 años. Yo creo que yo debía de haber tenido unos siete años. Él contaba esos chistes en la noche. Como él no veía, se sentaba junto a una lumbre, más bien en tiempo de invierno, y nos rodeamos muchos a oírle platicar. Y así aprendimos nosotros los chistes, porque en seguido nos platicaba. Los contaba él como que él los había hecho.

Los descendientes de Rafael Fontes todavía viven en los pueblos de Témoris y San Rafael, y en otros pueblos de la Sierra Tarahumara.

El mineral de Urique es como cinco días de andar de Uruachi, pero varios de los chistes que contaban Rafael Fontes y Antonio Méndez son muy parecidos.

Este es un chiste de los que hablaba el señor Rafael Fontes. Él tenía una mula coyota, en que andaba, viajaba de Urique a Creel. Hizo algunos viajes y en sus viajes llegó una tarde a una ranchería llamada La Laja. Llegó y sabañó* a su mula, y se vino a dormir. En la madrugada se levantó el señor, y fue a traer su mula. Y vio un bulto y le puso el mecate y se vino y lo ensilló y, se montó y salió.

Siguió su camino el señor Fontes, y lo que no le gustaba fue que diferenciaba las patas del animal que hacían muy chistoso. Hacían: "cua cua," y él notaba esa diferencia. Pero cuando ya estaba amaneciendo, llegó a un rancho llamado Pilares, y iba bajando la cuesta abajo de Pilares cuando ya estaba amaneciendo, y desconoció por las orejas del animal que no era su mula, era un oso.

Pues entonces se devolvió ya de día y vino y entonces halló su mula allí donde la había sabañado. Pues le quitó la silla al oso, y se la cambió a la mula coyota. Pues entonces montó su mula coyota y se fue rumbo a Creel, y en el camino la mula, la diferencia que tenía decía: "chaca chaca chaca chaca."

Y así termina el chiste este del señor Fontes.

* pastar en un potrero



Pues el señor Rafael Fontes, en un tiempo, lo iban siguiendo la policía en un cerro y, había un chorro de agua y, pensó subir por el chorro de agua, y se escapó de la policía porque al agua no le entraban las balas, decía.

Rafael Fontes era cazador de venados, y él fue un día al campo, y halló tres venados, y él los quería matar los tres, pero no llevaba más que un cartucho, y le pensó: "Hago arco el rifle, y con un balazo mato los tres venados."

Entonces hizo arco el rifle y les tiró y mató los tres venados, y la bala siguió y se enterró en un árbol donde tenía un enjambre, y entonces oyó chorrear agua, y volteó, y era la miel del enjambre que estaba corriendo a la tierra. Y después sembraron maíz ahí, y salió maíz dulce.*

* Heracleo Huereque dice que cuando el señor Antonio Méndez platicaba este chiste, decía que cuando estaba todavía junto al árbol, salió un coyote con rabia. Lo mató con su machete pero la rabia pasó al machete. Entonces el machete volvió loco y solo andaba tumbando árboles, y fue en este lugar donde salió el maíz dulce.

En aquel tiempo el señor Rafael Fontes viajaba de Urique a Choix. Llevaba carga de algunas variedades y, en uno de los viajes... que él echó muchos viajes en aquellos tiempos, entonces él llevaba algunos animales de carga. Llevaba carga de aquí para allá, y traía de allá para-cá... Pues en un viaje se le perdió el atajo* todo. Y tenía tres días buscándolo, él y sus arrieros y, no lo encontraban. Por fin ellos vieron una bola y, se asomaron a esa bola, y era una calabaza. Entonces le dieron vuelta y le hallaron una entrada. Pues allí adentro de esa bola de calabaza estaban todos los animales. Pues entonces los sacaron. Sacaron los animales y se los trajieron. Y, ya habiendo perdido tres días, y los arrieros se preguntaban uno al otro:

--¿Como estaría esto que le hicieron el abujero a la calabaza, y todos se metieron para-dentro?

Y así encontró el señor Fontes sus animales, y se los devolvió otra vez a su casa.

(contados por Antonio Loera)

*los animales y el equipo

Este chiste era otro de los que hablaba el señor Rafael Fontes. Él hacía cinco horas de su casa a una casa en donde tenía una novia, y en el camino donde iba él y su hermano, vieron un pájaro que tenía una cola muy larga. Y cuando estaban allá en el rancho de la novia, y habían unos árboles muy bonitos, unas sombras muy grandes, entonces vino un pájaro y se paró en un árbol, y la novia lo vio y dijo:

--Qué pájaro tan bonito. Yo nunca había visto un pájaro tan bonito, tan bonito como éste. Qué cola tan larga tiene.

Entonces le contesta el novio:

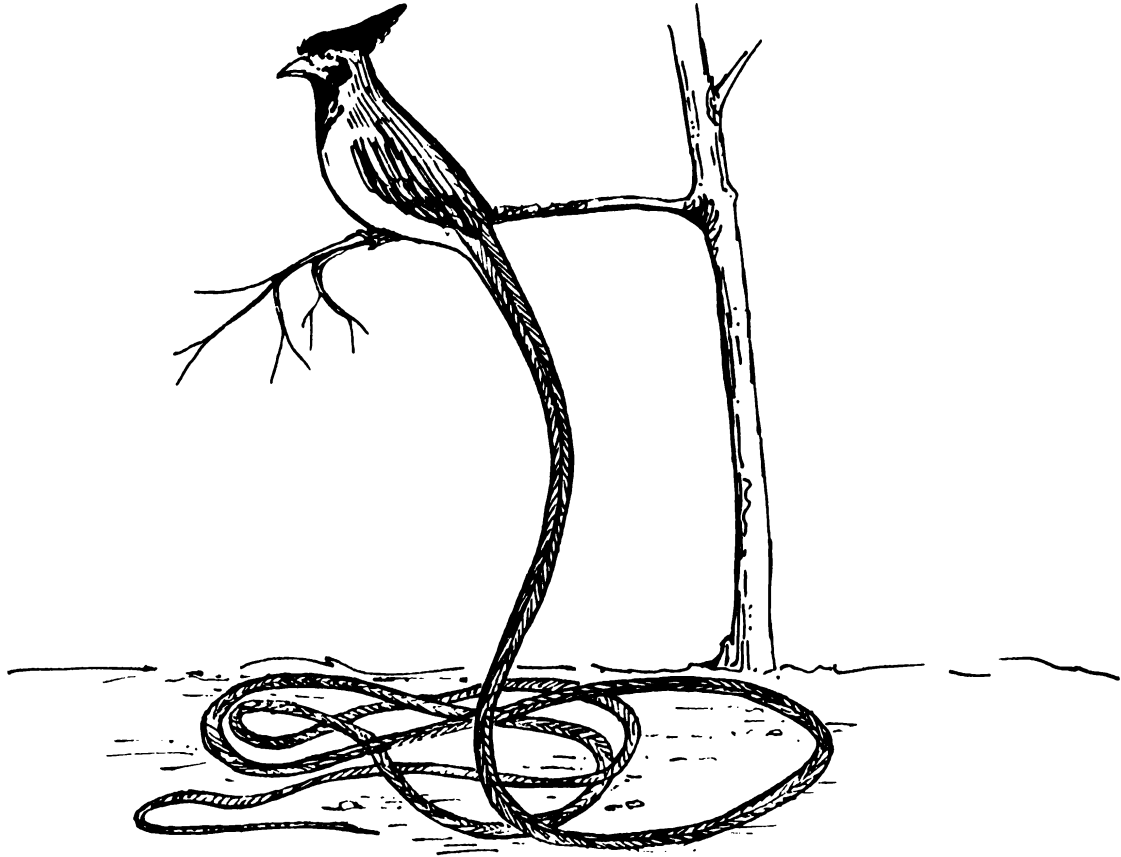
--Pues en el camino, vimos uno ahorita que tenía como treinta metro de cola.

Y le daba una pisada el hermano para que no contara mentira.

--Bueno, entonces no tenía treinta pero como veinticinco sí tenía.

Y le daba otra pisada el hermano.

--Bueno pues, no tendría veinticinco pero como veinte tendría.



Y le dio la otra pisada, y le dijo:

--Pues como diez sí tenía.

Le daba otra pisada al pie.

--Bueno --dijo-- pues si no tenía diez, como cinco sí tenía.

Pues le daba otra pisada, y entonces le dijo:

--Pues hermano, le quitamos los otros cinco y lo dejaremos pochi*.

Bueno pues, en el camino, cuando ya ellos se vinieron de allá, el hombre era muy cantador en ese tiempo, y cantaba mucho, y en el camino cantaba, y el cantar decía:

--La naranja más madura le dice al limón verde: "Los que tienen amores lejos se acuestan, pero no duermen."

(autor anónimo)

* sin cola

CHISTES DE TRAMPOSOS

Otro señor que era bueno para platicar chistes en aquella época era Jesús María Merás. Era el tío de Tomás Merás, y Tomás nos cuenta lo siguiente de él:

--Era un viejito que vivía allá en La Finca, un tío mío, muy viejito. Ese contó este chiste. Mucha gente se juntaba. Nosotros le pagábamos, unos una panocha, otros unas dos, tres naranjas. Y nos estábamos hasta media noche platicando con mi tío. Era mi tío. Jesús María Merás se llamaba el viejito. Pero muy vivo. Fue hace muchos años. Estaba yo chiquito. Platicaba toda la noche. Muchos cuentos. Muchos. Muy buena memoria tenía. Y no sabía leer nada. Pero eran puras mentiras.

Los chistes que presentamos aquí de Jesús María Merás son de un tramposo que se nombraba Pedro Maulas. Después de estos siguen chistes de otros tramposos contados por otros señores. Estos incluyen chistes de Don Cacahuate, San Pedro, y el compadre rico y el compadre pobre. Cuando pregunto a estos señores dónde aprendieron estos chistes, me dicen algo como lo siguiente:

--No, pues ahí. Andando uno por ahí, se junta con compañeros, y salen sus charras*, y llega aprendiendo uno chistes. Se le va pegando uno por hay cositas.

* pláticas o cuentos

Pedro Maulas

En un camino, llegó a un puertocito, y allí se quitó el sombrero, y hizo huitaca*, y lo tapó con el sombrero. Y dijo que era el pájaro Cu. Y venían unos arrieros, y no se quitaba del camino. Le gritaban que se quitara del camino, y él no hacía caso porque tenía miedo que se le fuera el pájaro Cu. Y que un rey julano lo pagaba muy bien ese pájaro.

Entonces los arrieros le ofrecieron la tajo de mulas que llevaban. Y llevaba pura plata los arrieros. Y les dijo que volteara la lomita allá por una loma, entonces que metiera la mano muy despacito para que no se le fuera a salir del sombrero.

Y cuando ya voltió la lomita, entonces los que habían comprado el pájaro Cu metieron la mano, y se les hizo muy blandito. Y lo sacaron lleno de porquería.

* excremento



Y luego se fueron a seguirlo. Entonces él se fue a otra parte. Y llevaba un ollita. Y hizo un hoyo en la tierra, y por debajo lejos le echó lumbre. Y pasaban otros arrieros. Y estaba herviendo lejos de la lumbre, no había lumbre allí. Estaba herviendo la olla allí con los frijoles.

Y entonces pasaban otros arrieros. Y le compraban la ollita. No quería venderlo, hasta que al fin se lo compraron. Le dieron bastante dinero por la ollita, porque era ollita de virtud, cociendo frijoles sola.



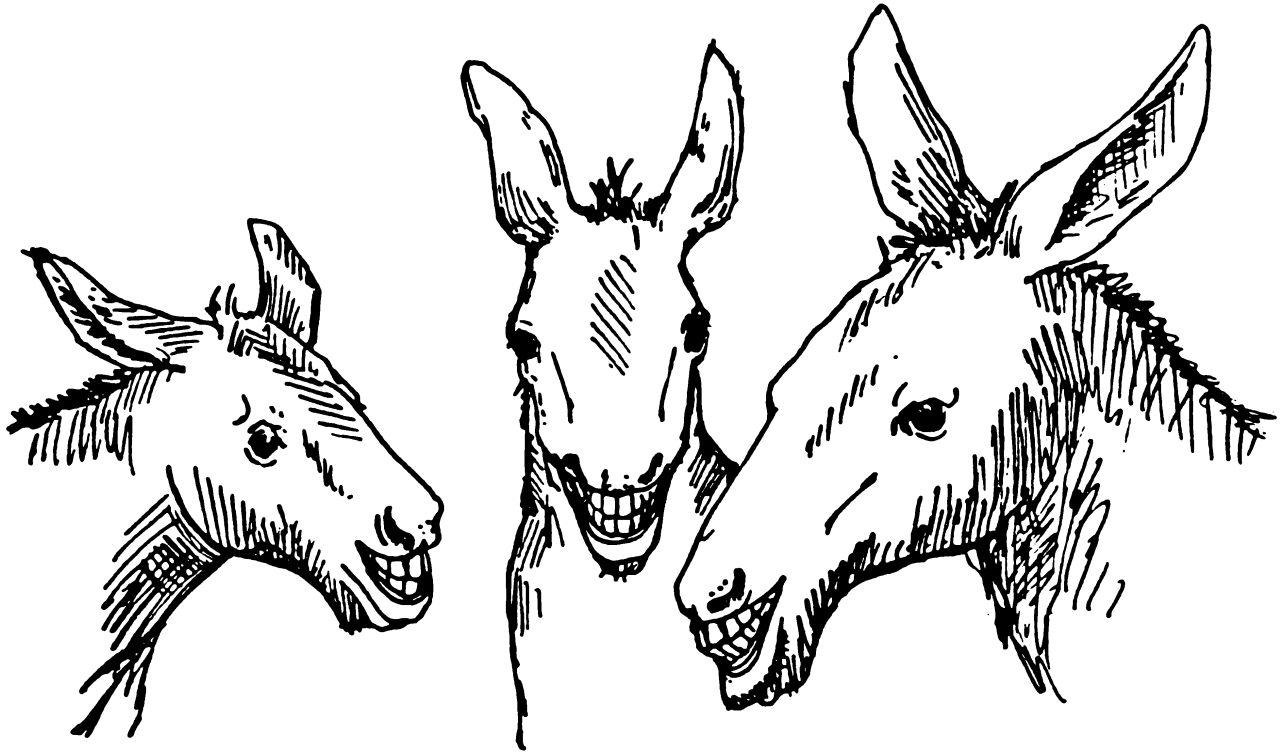
Y luego se fue más adelante. Y llegaron al orilla del mar. Y los arrieros andaban buscando a Pedro Maulas, y allá lo hallaron. Entonces lo agarraron y encerraron, lo echaban en un costal. Lo iban a tirar al agua, al mar. Entonces se fueron los jefes de allí, y Pedro Maulas le dijo a un compañero allí que se metiera él al costal, y que iba a llevarlo a casarlo con una hija de un rey. Que se metiera él allí y él amarrara bien la boca. Entonces el compañero lo echó afuera, y entonces Pedro metió el otro allí. También metió todas las reatas de las mulas, y amarró la boca. Cuando volvieron los jefes, se lo llevaban y lo echaban al mar, pero no era Pedro Maulas.

Pedro Maulas se fue a buscar las mulas. Y allá les trozó la jeta todos con los dientes pelados las mulas. Cuando llegó con ellos, entonces:

--¿Qué pasó, Pedro? --le dijeron a él que traía las mulas--. ¿Por qué vienen así?

--Pues vienen riéndose porque ya no van a echar carga*. Vienen riéndose porque ya no van a llevar carga porque todas las reatas las echaron adentro del mar.

* Iban a traer sal.



Entonces ya después, mandó mi Tata Dios por él y mandó un diablo. Entonces cuando vino donde estaba él, le dijo que venía por él. Y dijo él que bailara primero una pieza. Que él iba a tocar el violín. Que bailara una pieza.

--Sí --le dijo--. Como no. Sí la bailo.

Entonces agarró el violín Pedro Maulas, y luego le comenzó a tocar. Y el diablo a bailar.

--Sésgale* Pedro --le dijo--. Sésgale --y-- sésgale Pedro.

Y Pedro más en cruz le ponía el violín y la barra. Hasta que se enfadó. Se espinó mucho. Se espinó mucho. El diablo andaba arriba de los bainoros** bailando. Y hay iba todo ambulado***.

Y luego se fue. Y fue ya con Dios. Y le dijo que ya no lo podía traer. Que era muy mañoso Pedro.

--No pude llevar. Hizo que bailara arriba de los bainoros y no lo pude llevar.

* de sesgar--dejar de poner el violín en forma de cruz

** una enredadera espinosa

*** maltratado



Entonces mandó una ángel por él.

--Sí te acompaño --le dijo--. Nada más que tengo que llevar una tabla pa-llá.

--Bueno pues, con todo y tabla.

Se lo llevó. Se lo echó al lomo. Y cuando iba a entrar al puerto del cielo, se lo ponía la tabla atravesado. Así no cabía.

--Pues no quepo --le dijo.

Tata Dios allí estaba.

--No quepo. No puedo entrar por adentro.

Entonces Dios le dijo:

--Piedra te voy a volver en el puerto del cielo.

--Pero con ojo --le dijo Pedro--. Con ojo --le dijo.

Y allí está todavía. Allí está en el puerto del cielo. Ya lo vi yo una vez.

(Contado por Tomás Merás)

Don Cacahuete

Es que se le ahogó la mujer a Don Cacahuete ¿no? en el río. Entonces encontraron a Don Cacahuete en el río ¿no? Entonces:

--¿Qué buscas? --le dijo.

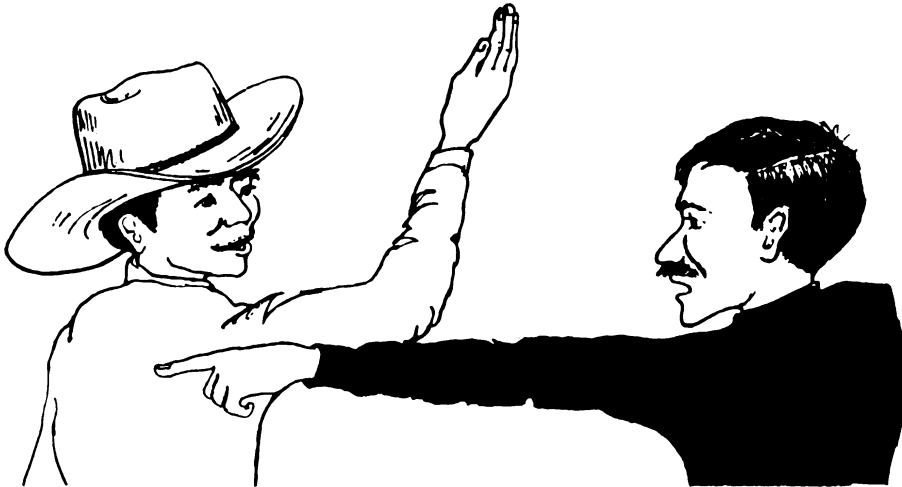
--Busco a mi señora --le dijo--. Se ahogó.

--¿Dónde se te ahogó pues?

--Allá abajo --le dijo.

--¿Y por qué la buscas aquí pa-riba?

--Porque todo el tiempo fue mi señora muy contra la corriente conmigo --le dijo-- por eso la busco pa-riba.





Ah, pues, había siete jugando la baraja, entonces pasa la señora de Don Cacahuate y él también. Y estaban los siete jugando cuando dijo Don Cacahuate:

--Voy cien pesos ahí --le dijo.

--Póngale --le dijieron los jugadores.

--Oye vieja --le dijo-- trae ahí cien pesos --le dijo.

--¿Dónde los agarro viejo? --le dijo.

--De la talega mas vacía --le dijo-- y le das una menita* a la otra.

Entonces corrieron el albur** los jugadores, y luego que ya atinó el albur él ¿no? lo quisieron matar los siete, aquellos jugadores. Entonces les tiró Don Cacahuate un dicho ¿no?:

--Vieja --le dijo-- tráeme mi sombrero 'Quita Golpes' ahí, y mi cuchillo 'Mata Siete', y mis guaraches 'Brinca Pa-trás' --le dijo-- y la pistola --le dijo.

--¿De dónde la agarramos? --le dijo.

--De la cacha, vieja --le dijo-- no te vayas a dar un balazo.

Pues no tenía. Eran puras cacas*** las que echaba Don Cacahuate.

* meneadita

** un juego con baraja

*** mentiras

Ah pues, le dijo el pobre a su señora:

--Va a venir Don Cacahuate vieja --le dijo-- otra vez, y a ver cómo hacemos ahora pa vengarnos otra vez.

Entonces mataron un chivo y linchieron la sangre de las tripas*, y las metió debajo de las naguas de la señora. Entonces los halló peleándose, Don Cacahuate a la señora y al señor. Cuando ya vio Don Cacahuate que le metió el cuchillo a la señora:

--Ay compadre, mató a mi comadre.

--Pues así me gusta matarla y revivirla, donde quiera --dijo el pobre.

Y quedó como muerta. Entonces agarra una fragua de carricito, y hay estaba soplándole a la señora hasta que la señora se levantó media trémula ya ¿no? sacudiéndose. Entonces ya le dijo Don Cacahuate:

--Le compro la fragua compadre ¿no?

--No la vendo --le dijo el compadre.

--Andele, le doy tanto.

--Pues no, no la vendo. No se la vendo.

Bueno, hasta al fin se la vendió.

* llenaron las tripas de sangre



Entonces llegó bien enojado Don Cacahuete con su señora allá. Entonces sacó el cuchillo Don Cacahuete también como lo había hecho su compadre, y se lo dejó ir a la señora. Esa sí la mató pa-siempre. Esa sí le pegó bien.

Hasta ahí nomás.

(contados por José Portillo)

Pues, dicen que cuando murió Don Cacahuate, entonces naturalmente pues no fue al cielo, ¿verdad? Tenía muchos pecados. Entonces fue allá derecho con el diablo, pero como era compadre de él, pues, el diablo le dijo:

--Bueno, te vamos a considerar, ¿verdad?

Y lo llevó a que viera varios de estos tormentos, ¿no? Lo llevaba donde están unos allí, este, friéndose, otros, pues en varios tormentos. Al fin llegó a una parte donde estaban dos pilas. Una pila que estaba llena de suciedad, ¿no? Y estaban un montón de gentes allí pues parados en la puntita de los pies, ¿no? Con la suciedad hasta la orilla de los labios. Y entonces todos gritando allí:

--¡No hagan ola! ¡No hagan ola!

Porque naturalmente si hacían olas se les iba a llenar la boca, ¿no? Entonces dijo Don Cacahuate:

--No, pues, aquí está muy malo, ¿no? No me gusta este tormento.

Entonces en seguida está otra pila que apenas les llegaba a la mitad del cuerpo a la gente, ¿no? Y le dijo al compadre diablo:

--Bueno pues, aquí me quedo --dijo.

Pues apenas había caído allí, él parado, ¿verdad? cuando gritaron los que estaban mas allá:



--¡Hay viene la cuchilla!

Y todos tenían que echarse un clavado por debajo de la mierda.

(contado por José Miamoto)

San Pedro

Ah, pues, San Pedro y el diablo fueron compañeros. Cuando estaban trabajando esa mina, hacían barrenos*, y el diablo se iba muy temprano y dejaba a San Pedro allí. Entonces San Pedro pegaba**a los barrenos y acababa con el trabajo que hacían entre los dos en el día. Pero un día, lo halló pegando los barrenos. Le dijo:

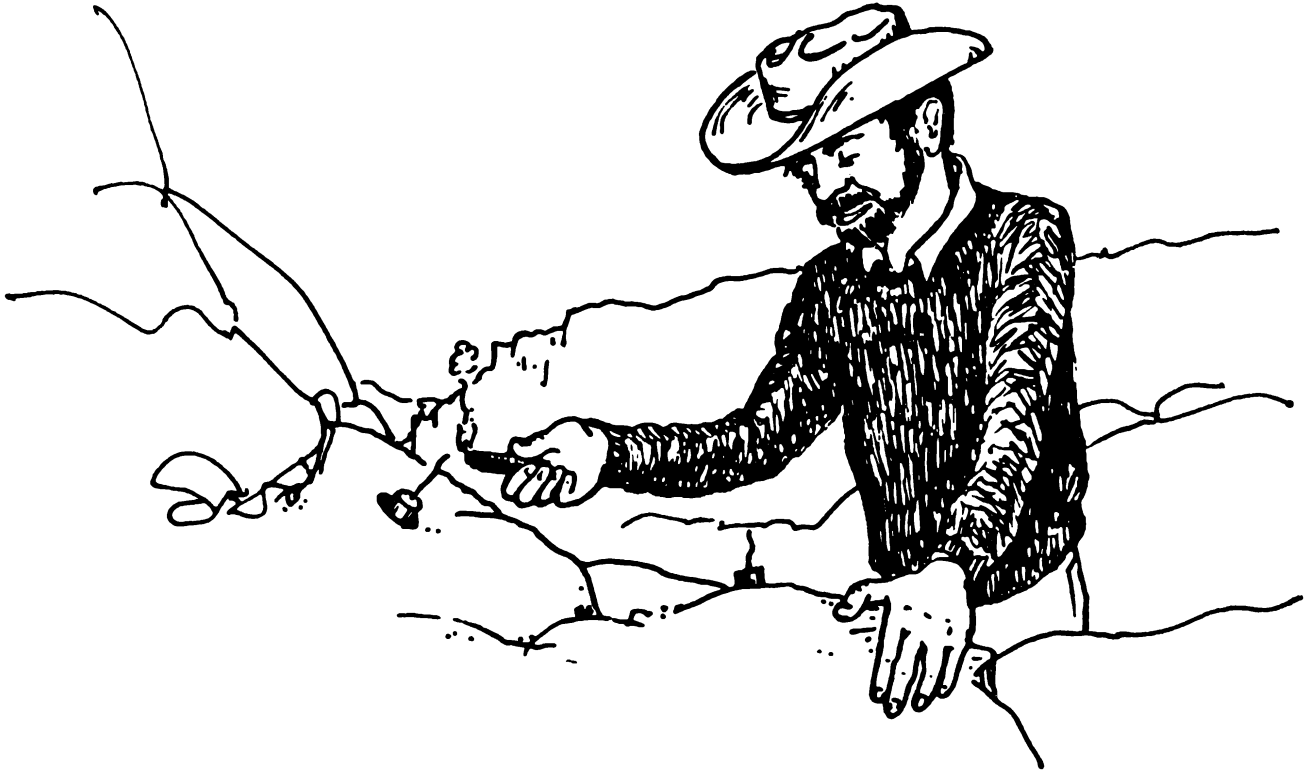
--Qué chiste trae estar trabajando todo el día para que tu lo descompongas --le dijo.

Se pegó a los barrenos y cuando tronaron, ¿no? lo sacaron*** pa-fuera. Pues, por eso apesta el diablo a pólvora.

* hacían agujeros para rellenar con dinamita

** prendió la dinamita con cigarro

*** la piedra



Entonces se apartaron. Ya no quisieron trabajar juntos, ya no quiso el diablo trabajar con San Pedro. Entonces San Pedro se fue con San Isidro, el primer labrador del mundo. Estaba barbechando, ya cultivando la siembra, cultivándola pues ya con el arado. Le dijo San Isidro a San Pedro:

--Oyes --le dijo-- te vas a la labor y unce los bueyes y los metes a trabajar en la tierra. Deja bien limpia la tierra.

No, pues, San Pedro le metió buey al maíz y todo le dejó limpio. Tumbó hasta el maíz.

--Y en la tarde que te vengas --le dijo San Isidro-- metes todo adentro al cuarto.

Pues sí, metió todo y nomás los bueyes no quisieron entrar. Entonces los mató y los hizo pedazos y los metió pa-dentro.

Otro día que fue con San Isidro:

--¿Los bueyes? --le dijo.

--Allí están adentro --le dijo.

Abrió la puerta San Isidro y va viendo el montón de carne allí.

--¿Que hiciste tu San Pedro? --le dijo.

--Pues me dijiste tu que todo metiera pa-dentro, pues yo metí hasta los bueyes.



--Y con el maíz, ¿que hiciste? --le dijo.

--No, como tu me dijiste que dejara bien limpia la tierra, pues yo la dejé limpia.

Bueno, ya sembraron. Sembraron papa. Ya que estuvo dada la papa, le dijo San Pedro a San Isidro:

--Tú agarra de la mitad pa-bajo y yo la mitad pa-riba.

Quiso que no quiso San Isidro. Dobló las manos y así lo dejó para la tierra, y él lo dejó para las ramas.

Pues se llegó el invierno ya el trigo.

--Ahora vamos a sembrar trigo --le dijo San Isidro a San Pedro.

Cuando ya fueron a pisar, le dijo:

--Ahora tú agarras para la raíz y yo agarro para la punta.

Entonces se quedaron ya, ¿no? pues ya no volvieron a sembrar juntos porque no se hallaron. Pues, uno agarraba para la raíz, y el otro para la espiga, pues no.

Entonces se fueron a sembrar maíz. Ya les echó Jesucristo la semilla de maíz. Le dijo Jesucristo a San Isidro:

--Prepara la tierra --le dijo-- vamos a sembrar maíz.

Pues sí, preparó la tierra, sembraron, y cuando ya sembró, le dijo Jesucristo a San Isidro:

--¿Qué quieres? --dijo.

--Pura agua --le dijo.

--Pues pura agua te voy a echar.

Cuando ya estuvo el maíz, estaban los jiltones bien grandes. Le dijo Jesucristo a San Isidro:

--Vamos pues a ver el maíz --le dijo-- vamos a la siembra.

Llegaban a la orilla, pues, sí, unos elotones, y:

--Anda pues, pon lumbre --le dijo.

Cuando ya estaba la lumbre, le dijo:

--Tráete unos cuatro elotes --le dijo a San Isidro.

San Isidro trajo unos cuatro elotes.

--Deshójalos --le dijo.

No, pues, tenía puro olote, no tenía granos. Entonces le dijo San Isidro a Jesucristo:

--Esto, ¿por qué?

--Como tú me dijiste que pura agua querías...

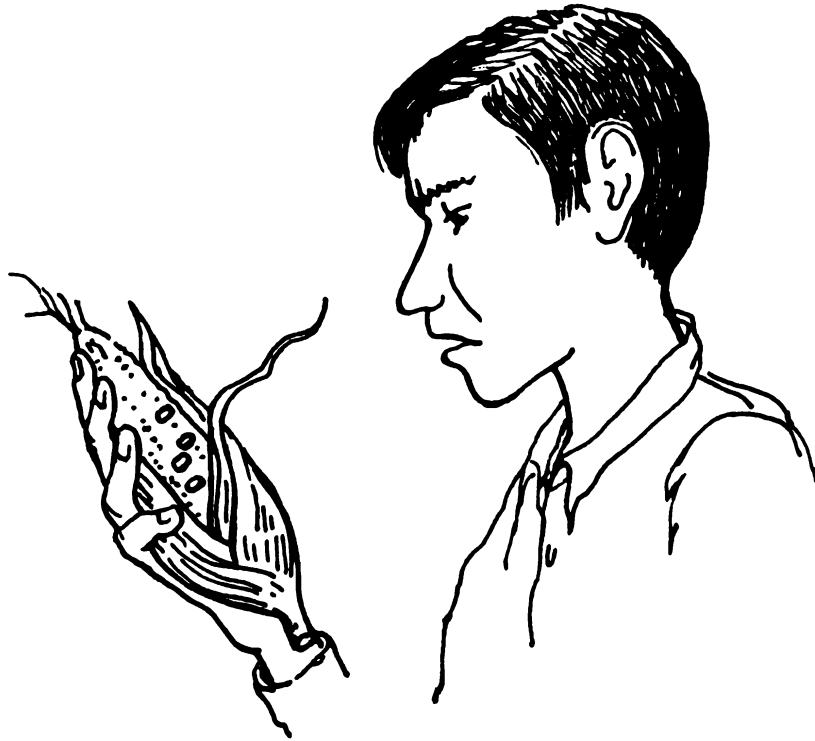
--Pues, entonces haga lo que le de la gana --le dijo San Isidro a Jesucristo.

¡Ah!, en la noche le mandó un ventarrón y batió el maíz. Lo dejó todo ladiado. Pero a los cuantos días fueron otra vez a ver la siembra, pues. Le dijo:

--Pon lumbre. Anda, tráete unos cuatro elotes.

Entonces ya estaban bien granaditos, eh, no, pues, así es que sí se la llevaron. Pues es que necesita agua y viento la siembra, ¿no? para que pueda servir.

(contados por Eduardo Contreras)



Bueno, vamos a contar el chiste de dos conductores. Uno era San Pedro y el otro era el diablo. El diablo era muy envidioso. Todo lo que San Pedro traía era bueno, traía muy buenos ajuares* en su equipo, y lo que el diablo traía, todo muy mal, los mecates podridos y los de la reata y todos y, como San Pedro él revisaba todos los días su ajuar que todo estuviera bien, pues el diablo no revisaba nada. Llegaba y se iba a pasear y él no hacía nada. Cuando salía él quería que todo estuviera listo pero como había que ponerle trabajo al ajuar.... Y San Pedro no batallaba nada porque él todo el tiempo usaba todo bueno.

Bueno pues, un día, salían juntos pero en el paraje no quedaban juntos, quedaba uno más cerca y otro más lejos. Entonces San Pedro llegaba primero todo el tiempo. Él ganaba, y el diablo todo el tiempo perdía. Y entonces dijo el diablo:

--Pues mi ajuar está muy bueno. Voy a pasear. Voy a ver, a ver si me vende algo San Pedro de lo que trae de mecates y algo.

Pues fue luego y hizo un trato a San Pedro, que él quería los mecates. San Pedro le dijo que no, porque el diablo podía comprarlos, o podía hacerlos igual como él, que él no podía venderlos porque iba en camino real.

Bueno, pues, se fue triste el diablo porque no trataron, y entonces cuando llegó allá al paraje del diablo, pensó, ¿no?: "Voy a comprarle una olla que vi. A ver si la vende."

No se la quiso vender San Pedro. Fue dioquis. Se devolvió.

* equipo para caballos

El siguiente día fueron otra vez. Salieron temprano y San Pedro pues llegó primero que él. Todo el tiempo llegaba primero que el diablo. San Pedro ya estaba cociendo los frijoles allí en su paraje cuando llegó el diablo otra vez a visitarle, y vio la olla allá lejos en un hoyo, y sin lumbre, y ahí estaba herviendo la olla, cociendo los frijoles*. San Pedro ya había calentado la olla antes. Cuando sabía que ya iba a venir el diablo, cambió la olla a un hoyo donde seguía herviendo. Entonces el diablo le trajo mucha admiración. Fue y vio pues que hervía, y veía por los lados y abajo en el hoyo, y nada de lumbre. Pues el diablo no estaba contento porque él no sabía el significado de la olla, y entonces el dijo:

--Pues yo compro esta olla.

--No la vendo --dijo San Pedro-- porque esta olla es de virtud. Esta olla cuece los frijoles sin lumbre.

--No, pues, yo doy tanto dinero.

--No, es muy poco --le dijo San Pedro-- yo quiero más.

Quién sabe qué tanto, no recuerdo una cantidad.

--Sí te doy eso.

Bueno pues, entonces dijo San Pedro:

--Está bien, pero la olla voy a dar mañana, no ahora. Mañana voy a dar la olla.

--Bueno --dijo el diablo-- le voy a traer el dinero.

* Frijoles cocidos en una olla de barro siguen herviendo por buen rato después de que la olla está sacado de la lumbre.

Entonces le entregó la olla, y entregó el dinero el diablo. Y pues la tuvo allá, en su paraje, y con el frijol. Le hizo un hoyo y luego luego le echó agua a la olla y la puso. Pues, al tercer día la olla no hervía, y entonces dijo, pues esto dijo:

--Bueno, más tarde vamos a esperar a ver si más tarde hierve, y cuesa los frijoles.

Pues nomás vino y:

--Esto no sirve.

Y agarró un palo y lo dió un garrotazo. Dijo:

--Lo que no sirve, se tira.

Bueno, así terminó el chiste.

(contado por Antonio Loera)



El Compadre Rico y el Compadre Pobre

Ah pues, había un compadre ¿no? muy envidioso, y no le gustaba el otro compadre. Eran un pobre y un rico, y el rico era envidioso, y muy envidioso era, y no le gustaba que aquel pobre compadre tuviera. Todotito lo que hacía, iba y le compraba el rico al pobre. Bueno entonces ya el pobre compadre no hallaba cómo hacerla, porque no lo dejaba trabajar el rico aquel. El compadre pobre no hacía nada. Entonces la estudió el pobre como hacerla para explotar al compadre, porque el compadre era muy envidioso.

--Vieja --le dijo-- va a venir mi compadre --le dijo-- y me voy a llevar esta liebrita yo a mi trabajo --le dijo--. Voy a dejar esta otra.

Eran dos las que tenía.

--Y va a venir mi compadre, y te va a preguntar que para dónde ando, y tú le dices que ando trabajando pa la rosa*, yerbando. Entonces haces tortillas, haces lonche, y me mandas a avisar con la liebre que venga a almorzar.

Bueno pues, en esto llega el compadre cuando la comadre está haciendo la comida ¿no? y acaba de hacer tortillas. Entonces le dijo a la liebre:

* mahuechi--donde tumban y queman el monte para sembrar



--Ándale --le dijo-- vete a avisarle a tu amo que venga a comer.

Y le pegó un cuartazo ¿no? y la liebre arrancó pa el monte. En lugar de ir a avisarle al amo que viniera a comer, arrancó pa el monte. Bueno, pero:

--Mire comadre --le dijo el compadre-- veo que fue la liebrita a avisarle que viniera a comer mi compadre.

--Pues ya verás compadre --le dijo.

Al ratito llegó el compadre con la otra liebrita que ya llevaba ¿no?

--Pero mire compadre --le dijo-- qué animalito tan fino tiene, que fue a avisarle que viniera a comer.

--Pues ya ve compadre --le dijo-- hasta fue a decirme que viniera a cenar.

--Mire nomás --dijo.

Le quedó admiración al compadre. Le dio gusto ¿no? Bueno pues, allí están los compadres.

--Compadre --le dijo-- se la compro --le dijo--. Le compro la liebrita compadre --le dijo.

--No compadrito, no se la vendo, ni por un dinero --le dijo-- ni por ningún dinero se la vendo.

Entonces, bueno por fin de tanto rogarle, se la vendió al compadre.

Entonces llegó allá:

--Vieja --le dijo a su señora ¿no?-- le compré esa liebrita a mi compadre. Me fijé allí. Mi compadre andaba trabajando y al rato hizo lonche mi comadre, y fue a avisarle la liebre que viniera a comer. Y qué animalito tan entendido --le dijo-- y así es que mañana, mañaneas, yo voy al trabajo, luego que hagas el bastimento, que la comida esté hecha, entonces vengo yo a almorzar. Me mandas a avisar con la liebrita.

Bueno, así lo hicieron. Mañaneó el señor a la rosa, y ¿no? hizo el bastimento la señora, y el otro fregándose de hambre en la rosa. No fue nada. Tiró pa el monte la liebre. ¿Cuándo iba a ir?

Tenía un burro también, y entonces llegó el compadre envidioso donde el compadre estaba con el burro, en el corral, dándole pastura, agua a sus horas al burro. Fue y le puso el compadre, porque ya sabía que el compadre iba a llegar, a ver qué estaba haciendo el otro compadre en el corral. Fue el compadre pobre aquel, y le puso unos pesos de esos blancos al burro por la cola, y entonces dijo el compadre:

--Veo que de esta mañana está con ese afán de dándole pastura al burro, y agua --le dijo-- y bañándolo. ¿Por qué? --le dijo.

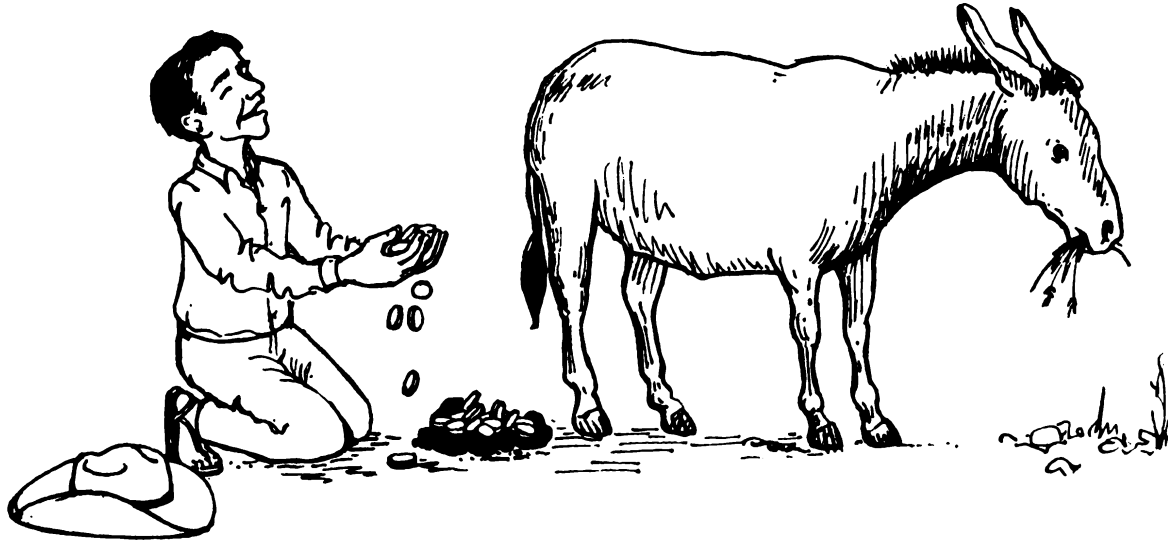
--No pues, es él que me da el diario, compadre --le dijo-- el burro.

--¿Cómo?

--Sí compadre --le dijo-- pues que sí.

Bueno, en eso estaban cuando el burro pegó un rebusnido ¿no? y tiró un peso.

--Eh --le dijo el compadre envidioso-- mire compadre lo que cayó allá.



--Pues no le digo, pues el burro es él que me da el diario.

Bueno pues, allí está el compadre mirando aquel burro, entonces ya le dijo:

--Compadre --le dijo-- le compro el burro --le dijo.

--No, no lo vendo. Pues ya verás compadre, es que me da el diario el burro. No lo vendo.

Y en fin de tanto rogarle, se lo vendió el compadre el burro, y no le quedaba más que un peso al burro en la cola cuando el compadre lo compró. Se lo llevó, y como era muy rico el compadre ¿no? pues le dijo a los empleados:

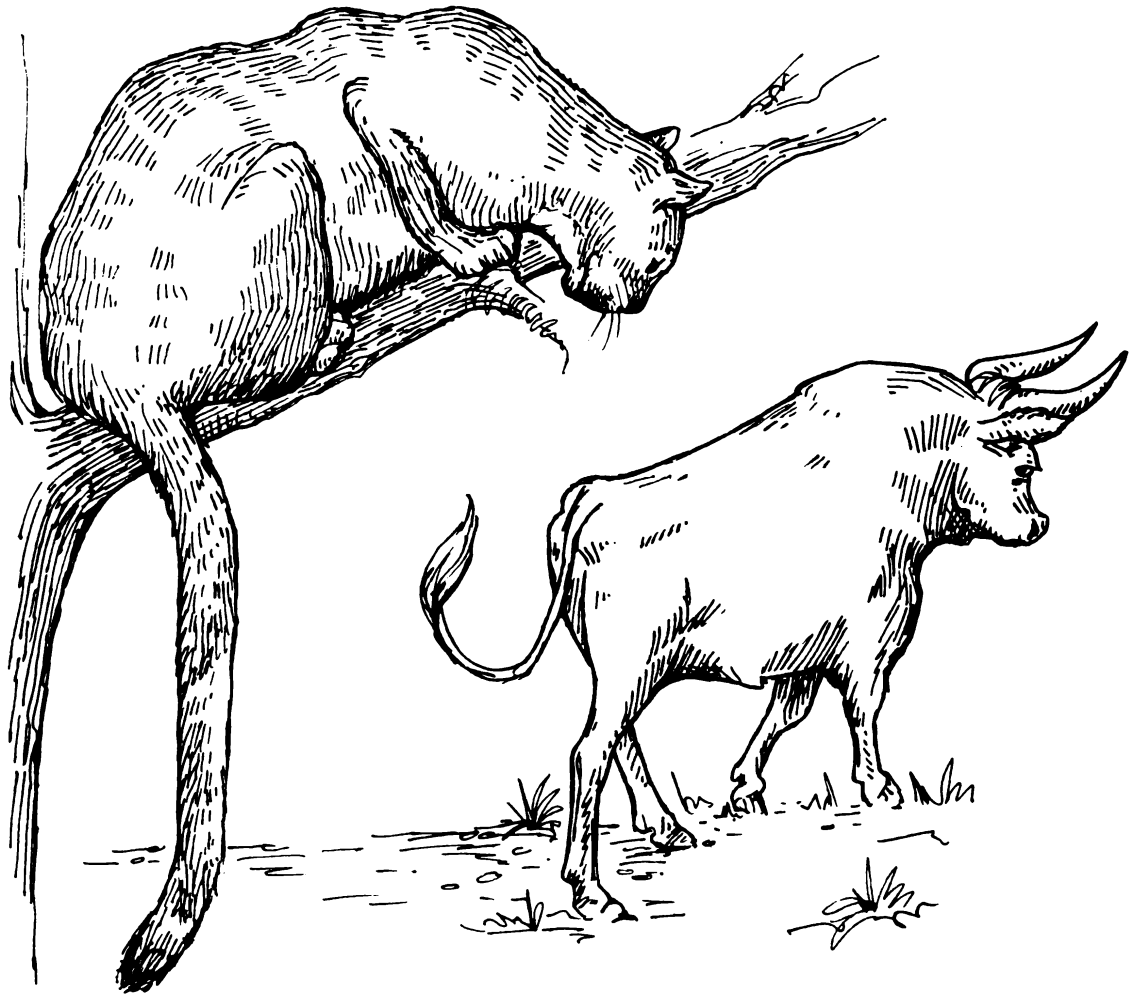
--Echen al corral al burro --les dijo-- y le dan pastura tales horas --le dijo--. Va a dar el diario el burro, así como lo hizo con mi compadre.

Le echaron pastura y agua y lo bañaban y le quedaba un solo peso. Hay luego lo tiró el burro.

--Hay la llevamos --dijo el compadre envidioso--. Ya nos está dando el diario.

Bueno, ya al rato fueron puros pajosos. Ya no tiró pesos.

(contados por José Portillo)



CHISTES DE ANIMALES

Pues, eran unas cuevas donde vivían dos leones, y los leones tenían unos hijos. Y los padres de los leoncitos habían estado malos, pero este, el león grande, ya estaba aliviado, pero la leona todavía estaba un poco mala. Y la leona mandó al león a que le trajera algo de comer a sus hijos. Y se fue y tenían una señal, que cuando hallara ya algo que matar, entonces le iba a pegar un huillido el león a la leona para que supiera que ya había hallado qué comer.

Pues cuando el león llegó a un bordo, vio un buey, un toro, abajo en el bajío y, pues se fue cazándolo hasta que llegó a un árbol. Y se subió el león en el árbol, pero como el toro también lo estaba mirando, el toro también lo estaba cazando. Entonces pues le brincó el león al toro y cuando le brincó, el toro se hizo pa-trás y le entró de puntas. Entonces el toro se le echó al león y el león pues se andaba defendiendo.

Ya no hallaba qué hacer con el toro, pero como le había puesto la seña el león a la leona que cuando hallara algo que comer, que le iba a pegar un grito, le gritó. Y se le hizo mucho a la leona que no iba el león, entonces se vino a ver qué pasaba. Entonces el toro traía al león pues entrándole. Pues le grita la leona:

--Válgame, apenas se puede creer. Tus hijos muriéndose de hambre, y tú toreando toros.

Y así terminó.

(contado por Antonio Loera)

Bueno, era un viejito ¿no? Llevaba unos burros a la leña. Iba a la leña ¿no? a un barranco allá, y en el barranco fue y le salió un oso. Y entonces al bordo del cerro que estaba arriba, estaban unos amigos allí. Andaban buscando osos para matarlos. Cuando devisaron al viejo, no sabían que era un oso junto a él. Y le dijeron:

--Ese bulto que está ahí, ¿qué es?

Entonces le dijo el oso al viejito:

--Diles que es troncón --le dijo.

--Es troncón --dijo el viejo.

--A ver --dijeron los amigos--. Tírale un achaso a ese bulto pa-ver qué es.

--Dame un achaso de quedito --dijo el oso.

Bueno, se compuso el viejito, y le dejó ir el achaso, y lo mató al oso. Ahí lo arregló.

(contado por Emiliano Portillo)



Era un zorrillito que ya tenía varios días que no encontraba alimento, ¿no? Y se fue camine y camine y descansaba porque el hambre, pues lo estaba acabando, y llegó a un lugar donde estaba una vinata* vieja. Le llaman mostro al desperdicio pues del maguey, así lo decía la marmaja. Y allí se hacen unos montones grandecísimos, ¿no? Y luego el zorrillito empezó a escarbar, a escarbar con las manitas. Y luego empezó a hallar unos gusanitos, y empezó a comerse los gusanitos.

Pues se fue haciendo abujero pa-dentro, pa-dentro como túnel, y ya allá adentro pues este empezó a emborrachar, con el sumo del mescal, ¿no? Y luego ya ve usted que a los borrachos luego les da por echar bravata, ¿no? y empezó, y que hay, que:

--Quisiera encontrarme con el rey de la selva para darle en la torre horita mismo --dijo el zorrillo.

Y luego pues ya salió por afuera, y como por su mala suerte, pasaba el rey de la selva por allí, y oyó el murmullo allá adentro y se quedó esperando a ver qué era lo que gritaba allá adentro. Salió el zorrillito, trastaviando así, ladiándose, y que:

--Quisiera encontrarme al rey de la selva para darle en la torre horita mismo.

* lugar donde hacen agua ardiente

Cuando pone la mano el león así, y dice:

--Que hubo muchacho --dice--. ¿Que te pasa? ¿Para eso tomas? --dice--. ¿Para venir insultando a la gente?

Entonces voltea el zorrillito así pa-riba y lo vea, y dice:

--Ay, papacito --dice-- perdóname. Te prometo que nunca lo vuelvo a hacer --dice.

Entonces el león dice:

--Y sí que te dio por meterte a emborracharte. Hay cantina. Ahí por adentro puede tomar.

--No --dice-- con la pura aroma del mostro --dice-- del que sacan el vino --dice--. Me comí unos gusanitos --dice-- porque tenía varios días sin comer. Y luego, pues, me comí los gusanitos, y eso fue lo que me embriagó. Así es que descúlpame --dice.

Entonces el león lo coje así la manita y dice:

--Vente --dice-- vámonos para que comas carne.

Se lo llevó. Pasaban a un río, cerca de allí, y luego enfrente andaba una partida de ganado, y andaba un toro bien grandote. Entonces le dice el leon al zorrillo. Dice:

--Miras aquel toro.

--Sí, jefecito --dice--. Sí, lo miro --dice--, pero ¿que quieres que hago yo --dice-- si está mucho muy grandote?

--No, --dice el león--. Vente ---dice--. Te vas a quedar en el tronco de esta higuera.

Unas higuera grandotas que crecen muy grande en las orillas de los ríos.

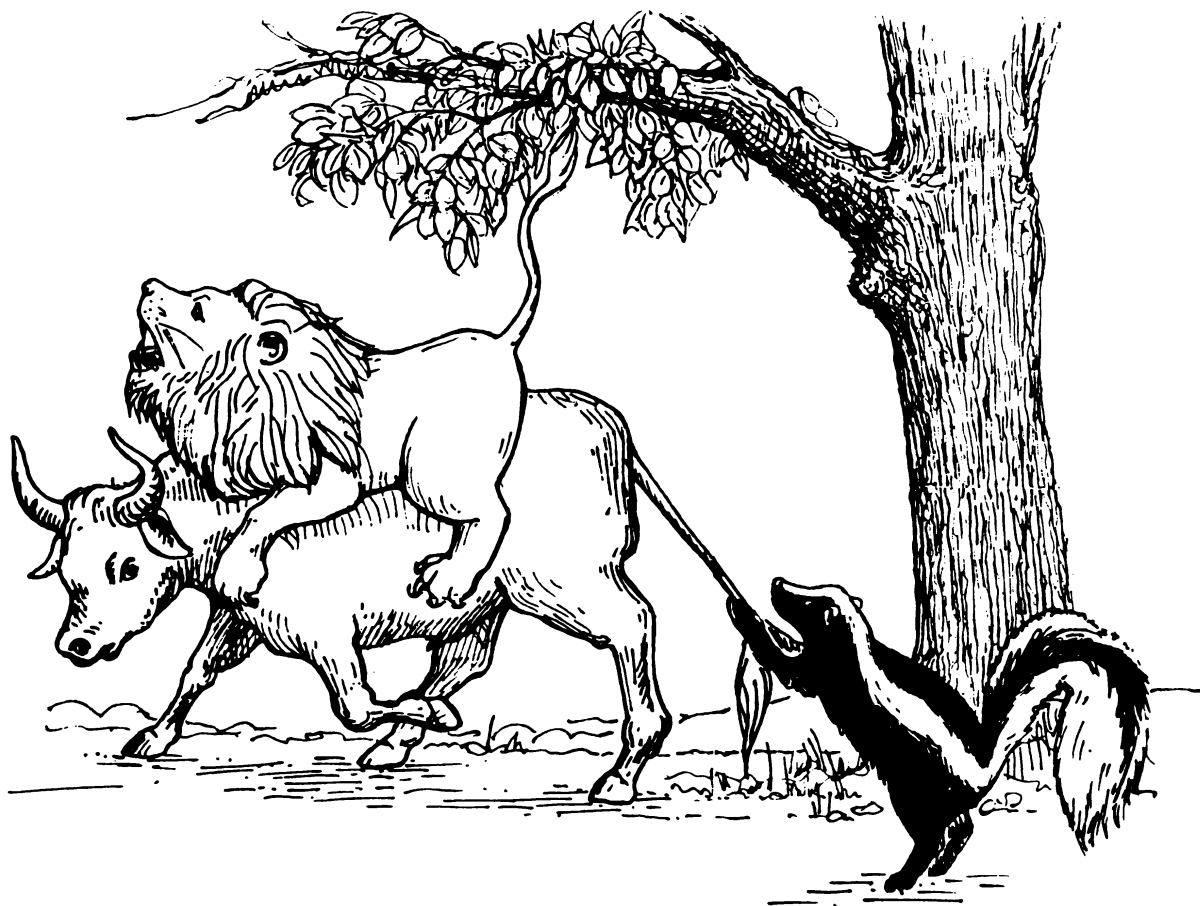
--Te quedas en el tronco. Y yo me voy a subir arriba --dice--. Cuando pasa este toro mas grande --dice-- yo lo voy a caer al gogote, y tú me lo mantecas de la cola. Y así lo tumbamos, para que comas carne.

Pues el zorrillito allí estaba, pues medio borrachito todavía, ¿no? Entonces, bajó el toro retosando, y sas, que le cae el león en el gogote, pues de un solo zarpaso, así lo mató. Y el zorrillito creyó que él lo había mantecado de la cola, ¿no? Y ya cuando lo mató, dice el león al zorrillo:

--Vente --dice-- para que comas. Ándele, a comer carne para que no andas comiendo gusanos de allá de las vinatas viejas.

Entonces empezó a lamer la sangre el zorrillito. Entonces desgusta el león, y le pega un manaso así. Dice:

--Ni para eso tienes gracia.



Rápido raja la piel del toro y saca un cuarto de carne, y se lo tira al zorrillo así.

--Ándele --dice-- come.

Pues ya comieron los dos, y se fue el león y le dice:

--Mira --dice-- yo tengo que irme. Así es que cuidas esa carne para que tu sigues comiendo. Cuídala, para que te dure varios días.

Se va el león, pero en cuanto el león se fue, llegaban los coyotes, las auras, las zorras, en fin, todas clases de animales, y quitaron la carne al zorrillo, y lo dejaron otra vez en las mismas condiciones. Pues siguió buscándole él, y no, no encontraba qué comer. Entonces dice:

--Pues, ni modo --dice-- voy a tener que ir otra vez a la vinata --dice--. Allí hay gusanitos --dice--. De perdida me sostienen otro día.

Y se va, y cuando se para en el puerto del túnel, escucha también que alguien está adentro, ¿no? y que también está provocando allá, y que también decía que deseaba encontrar al rey de la selva. Entonces dice el zorrillito:

--Muchacho carajo --dice-- ahora verás.

Allí esperó en la puerta del túnel, a la salida, ¿no? Y cuando sale el tlaquachito, era un tlaquache él que estaba metido también, y salió, y luego le pone la mano encima así.

--Qué hubo muchacho malcreado --dice-- ¿que te traes? ¿Qué es eso que de que vengas insultando a todo el mundo? Dígame papacito --le dice el zorrillito al tlaquache.

Entonces el tlaquachito dice:

--Hay, perdóname papacito --dice--. Te prometo que ya nunca vuelvo a emborracharme --dice--. Fíjate que traía hambre --dice-- y no hallaba que comer --dice--. Entonces me comí unos gusanitos --dice-- y emborraché. Pero descúlpame.

Entonces ya le dice el zorrillo:

--Mira, vente. Vamos allá donde está aquel higuerrillo grande. Allí tú vas a poner abajo del higuerrillo, y cuando baje aquel toro grandote que está allá arriba --dice-- yo me voy a subir arriba del higuerrilla --dice--. Cuando baje el toro, yo me voy a caer al gogote, y tu me los manteas de la cola, para que comas.

Pues así lo hizo. Bajó el toro retosando y por fin le brincó el zorrillito, y que le cae enzarado en un cuerno del toro. Y la tlacuachito quiso agarrarlo de la cola, y que le da una patada el toro, y que le baja el cuero desde la cabecita, dice, hasta a los hijares. Y lo despidió allá por entre unos bainoros*, y allá estaba el tlacuachito todo pelado, ¿no? Y el zorrillo arriba del cuerno y dando vuelta. El último tanto que desear el toro, le tiró y cayó también entre un bainoral. Entonces dice el zorrillito al tlacuachi:

--Baboso --dice-- no me lo manteaste bien de la cola.

Entonces dice el tlacuache:

--Papacito, --dice-- perdóname --dice-- pero fijate que yo antes no tenía pelado más de la pura colita, y ahora estoy enterito --dice.

Y agarrándose los hijares así donde lo había perforado el cuerno del toro, el zorrillo está maleado allí y le dice:

--Dime papacito si quiera por última vez --dice.

Y allí se mueren los dos.

(contado por Heracleo Huereque)

* una enredadera espinoza



CHISTES DE TIEMPOS MODERNOS

Esta es una de las familias que se fueron, pues hace años, ¿no? que se fueron a la ciudad. No conocieron la luz eléctrica. Entonces iban los dos jefes-- el papá y la mamá-- y unas hijas señoritas. Pues, caminaban en la noche por el calor y eso, ¿no?

Entonces cuando iban ya llegando a la ciudad, vieron los focos, ¿no? Y había una lámpara grande así, boluda, en lo alto arriba de un poste, de concreto. Entonces dice una de las hijas. Dice:

--Mamá, mamá --dice-- mire la luna en un palo --dice.

Entonces la mama le dice:

--Mis hijitas, no sean tontas --dice--. A ese le llaman la luz celestial --dice.

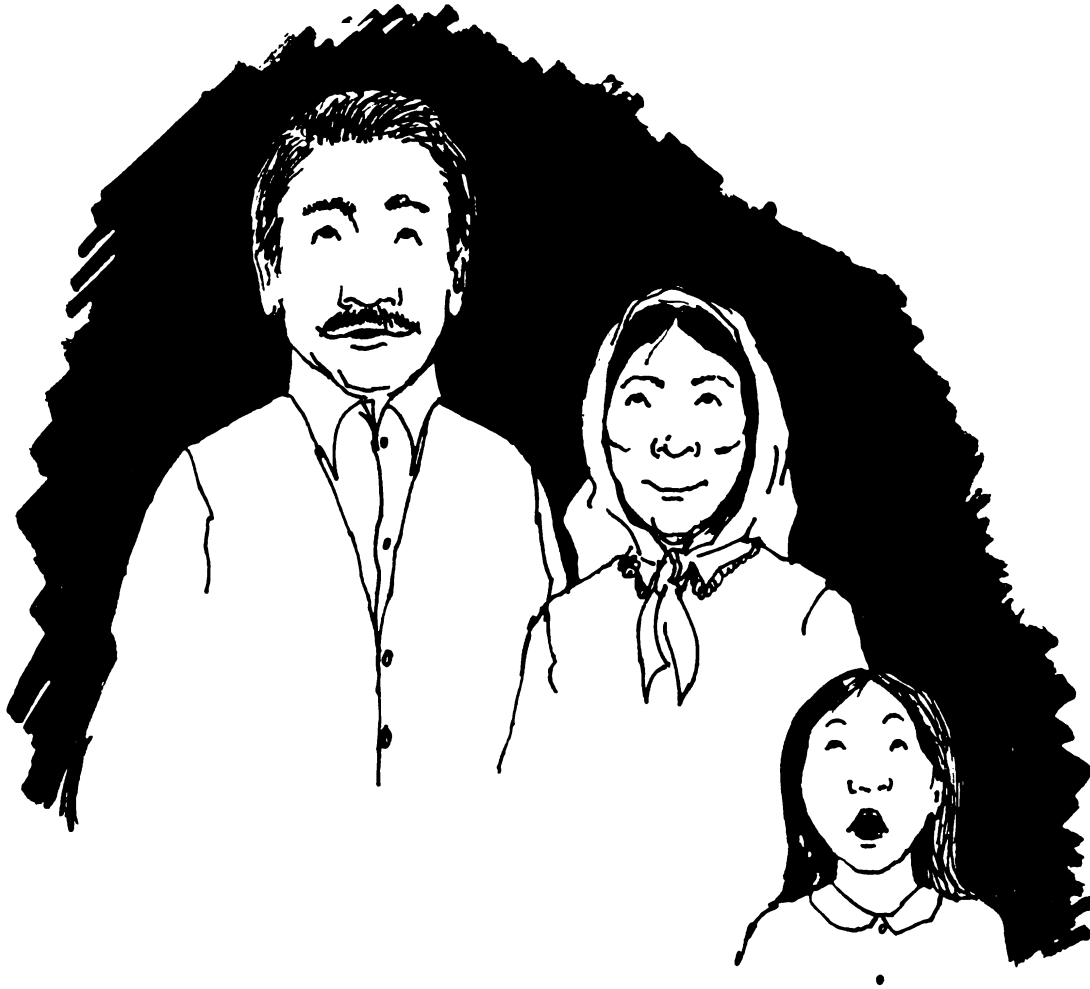
Entonces, el jefe de la familia iba mero atrás pero alcanzó escuchar, y le dice:

--No tiene remedio, que si vas a educar a tus hijas. Cómo que la luz celestial, ese le llama sofócate --dijo.

Pues fíjese, nomás, qué tan ignorante estaban. Los tres estaban equívoco*.

(contado por Heracleo Huereque)

* equivocados



La señora de Antonio Loera, Genoveba, platica de otra familia que se fue a Chihuahua por la primera vez que no conocía a la luz eléctrica. Llegaron a un cuarto del hotel, y quisieron pagar la luz para dormir. Uno de ellos subió arriba de una silla y sopló mucho al foco, como si fuera una lámpara de petróleo, pero no pudo apagarlo, y tuvieron que dormir con la luz prendida.

Otro señor de Samachique, Rubén Amador Ramírez, platica de un señor de la sierra que vio por primera vez a un elevador que estaba en un hotel en Chihuahua. Quedó por buen rato mirando a la gente entrando al elevador, y al fin agarró a su compañero y le dijo:

--Mira no más --dijo--. Entran la gente en aquel cuartito, cierre la puerta, y cuando abre la puerta otra vez, ya no están la gente. ¿Cómo puede ser esto?

Rubén dice que era la verdad, no era chiste. Otra cosa que platica Rubén, que era la verdad, es de cuando un diputado federal estaba en el Hotel Avenida en Chihuahua con un amigo de la sierra que era tarahumara. El diputado se acostó en la cama, y el amigo sacó una bolsa de pinole* y empezó a mezclarlo con agua en un vaso, y tomarlo. Se le antojó el diputado y pidió que le mezclara un vaso. Lo tomó y pidió otro, pero el amigo le dijo que ya no había agua. "¿Como es eso?" dijo el diputado, y fue a ver por qué no había agua. Y vio que el amigo estaba sacando el agua de la taza del escusado.

Cosas parecidas han pasado varias veces, y seguramente un día van a aparecer entre los chistes de la sierra.

* maíz tostado y molido

Pues, este es un chiste de dos señores.

Ellos eran hermanos y compadres. Ellos iban a un lugar en el tren, y ellos nunca habían andado en tren, y le dice un compadre al otro:

--Suba usted primero compadre.

--No, usted --dice el otro.

--No.

--Suba usted.

Al fin subió uno y fue y dejó el velís en el pasío del coche del tren, y se bajó allá con el compadre, y siguieron platicando cuando ya se fue a arrancar el tren, y el tren pitó, y:

--Suba compadre.

--No, usted.

--No, que usted.

Pues el tren arrancó, y ninguno de los dos se subió. El tren se fue y el velís se fue en el coche.

Y la cosa que iba un gringo en ese coche, y junto al velís, y le dice el conductor al gringo:

--Quite ese velís de allí.

No le hacía caso el gringo. Como no era de él el velís, no lo quitó. Y volvió a pasar y le dice:

--Quite ese velís de allí porque está estorbando.

No le hizo caso el gringo. Volvió a pasar el conductor, y le dice el conductor otra vez al gringo:

--Quite ese velís de allí. Si no lo quita de allí, lo voy a tirar pa-fuera.

--No importa, tíralo --dijo el gringo.

Bueno pasó, y volvió otra vez, y le dice:

--No quitaste el velís. Lo voy a tirar pa-fuera.

--Oh, no importa. Tíralo.

Pues entonces lo agarró el conductor, y lo aventó por la ventana. Entonces le dice el gringo:

--Oh, no importa. Velís no mío.

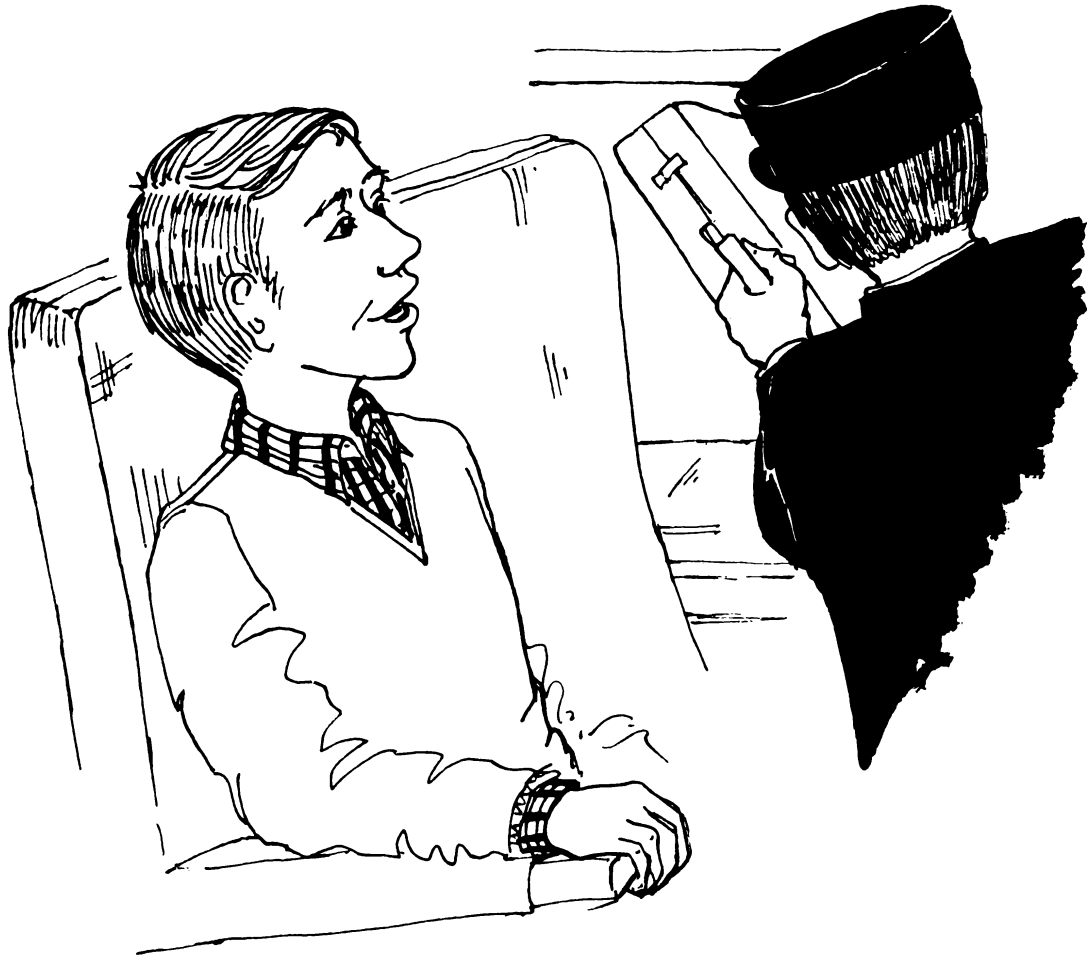
--Aaa, ¿no es tuyo?

--No.

Pues entonces ahí va corriendo para parar el tren, para bajarse a subir el velís otra vez.

Y así quedó este chiste, pues así termina.

(autor anónimo)



CONCLUSIÓN

Un chiste es un tipo de cuento que contiene una mentira que hace reír. Son relacionados a la cultura local, y a veces es difícil para una persona que no conoce la cultura entender el sentido. Los que se encuentran en este libro son básicamente de dos tipos: Uno donde pasa una cosa fantástica, y el otro donde un hombre engaña al otro.

Estos chistes salen de la cultura mestiza de la Sierra Tarahumara de Chihuahua. Los mestizos llegaron a los minerales que hay en las barrancas hace muchos años, y algunos quedaron para sembrar maíz y frijol, y poner huertas de naranjas. Las minas que figuran más en este libro son los de Uruachi, que fueron descubiertas en 1736, y las de Urique, que fueron descubiertas en 1690. Las minas recibieron un impulso nuevo antes de 1900 por el presidente de México Porfirio Díaz, y mucha de la gente mestiza que vive en la Sierra Tarahumara ahora son descendientes de la gente que llegó a trabajar en la minas en aquel tiempo. El abuelo de uno de los autores de este libro, Eduardo Contreras Polanco, llegó de Balleza a trabajar en Uruachi antes de 1900. Cuando las minas cerraron por motivo de la Revolución de 1910, él y otros quedaron en la región trabajando como agricultores. Unos fueron de Uruachi a un lugar en la profundidad de la barranca del río de Chínipas que se nombra La Finca. Eduardo, que nació en Sorimoba en 1913, fue casado en La Finca con María Merás, una hermana de otro autor de este libro, Tomás Merás Pérez.

El abuelo de Tomás había subido de Uruachi a un llano en la sierra alta que se nombra Huasachi, cerca de Rocoroibo. Es un lugar donde viven muchos tarahumaras. Hizo una casa de piedra donde todavía se ven las ruinas, y fue en esta casa en que nació el papá de Tomás. Él también se llamaba Tomás y peleó en la revolución al lado de las Maderistas. Su mamá era una mujer pima de Maicoba. Tomás nació en La Finca en 1911, y después salió para trabajar en varias ocupaciones, incluyendo minero, policía rural, y músico, pero lo que le gusta más es sembrar la tierra. Se casó con Agustina Polanco en La Finca en 1930, y después sembraron en varios lugares. Ella nació en Bahuichibo en 1906, un rancho en la Barranca del Río Chínipas, arriba de La Finca.

Cuando abrieron la carretera de San Rafael al Cerro de Huichúachi, y pusieron el aserradero de Lagunitas, se fueron varias familias de La Finca a trabajar en el aserradero. Tomás abrió una tienda en Lagunitas y empezó a sembrar maíz y avena en las tierras cercanas. Cuando el aserradero fue quemado en 1974, y lo cambiaron a Bachámuchi, Tomás y su familia también se cambiaron. Entonces cuando paró de trabajar el aserradero por motivo de la devaluación del peso, que fue hace como seis años, Tomás, Eduardo, y otros se quedaron en Bachámuchi. Y fue en este lugar que grabé los chistes de ellos.

El señor Antonio Loera nació en el antiguo mineral de Urique. Antonio dice que su abuelo nació cerca de Urique, y que su abuela era hija de un mexicano de Urique y una mujer gringa que había venido a Urique con otra americana. Las dos americanas se casaron en Urique. Antonio trabajó en las minas de Urique, Monterde, San Ignacio, y La Bufa, y después subió a la sierra a trabajar con un pariente cortando durmientes cerca de Samachique. Después se quedó en Samachique trabajando con un americano, Pablo Carlson. Grabamos sus chistes en Samachique en 1986. Es muy buen arriero y hemos andado juntos por las barrancas en varias ocasiones.

El señor José Portillo Portillo tiene 47 años, y fue nacido donde todavía vive, en Socolén, que es como dos días de andar río abajo de Urique. Es un lugar aislado, y había gente en esta región que hace muy pocos años no había visto a una troca o a un tren. José y sus dos hijos, Emiliano y Trinidad, siembran maíz, frijol, cacahuate, y sandía junto al río que pasa cerca de su casa. Su esposa, Doña Challa, es conocida por el queso que hace de leche de chivo.

El señor Heracleo Huereque Merás tiene 50 años de edad, y también nació en La Finca. Salió de joven a trabajar de albañil en Sonora y en los Estados Unidos, y regresó para quedar en La Finca en 1966 donde trabajó de agricultor. Ahora vive en Bachámuchi y es el presente presidente del ejido de Rocoroibo.

El señor Rafael Estrada Flores nació en el mineral de Almadín en el municipio de Uruachi. Tiene 46 años. Su papá, que era de Batopililla, conoció a Don Antonio Méndez, y fue su papá él que le contó los chistes que Rafael cuenta aquí. Ahora Rafael es comandante del municipio de Uruachi.

Otro señor que platicó un chiste para este libro fue José Miamoto García, dueño de una tienda en Bachámuchi, y minero. Su abuelo vino a México de Japón después de la Guerra Ruso-Japonesa, en 1907. Nada más vino para trabajar, pero con la Revolución de 1910, ya no pudo regresar a Japón y tuvo que quedarse. Después, cuando José tenía 13 años, su familia fue al mineral de Maguarichi donde abrieron una tienda. José aprendió el trabajo de minero, y después trabajó en la mina de Monterde. Es muy posible que ya vamos a encontrar folklore japonés en la Sierra Tarahumara. José me dijo que su papá le platicó de una mujer en Japón que quiso agarrar una cosa que estaba arriba en un lugar donde ella no pudo ver, y dijo ella: "Es una lástima que no tengo ojos en las puntas de mis dedos." Después estaba cocinando comida con un sartén muy caliente, y dijo: "Qué bueno que no tengo ojos en mis dedos."

Hay muchas versiones de los chistes, algunos de los cuales son "colorados". La gente que me contó los chistes, ellos mismos decidieron cuáles incluir en este libro. Hemos querido producir un libro aceptable para los niños de las escuelas. Hay otro tipo de cuento que la gente nada más nombra "cuento", que es parecido a un chiste, nada mas que usualmente es más largo y lleva una enseñanza. Usualmente el fin del chiste es nada más para reírse.

Yo he hecho la lucha de conservar los chistes en la forma en que fueron contados. Casi no he corregido la gramática, y si usaron un artículo masculino con un nombre femenino, así lo dejé, pues así es cómo hablan ellos. Si usaron palabras no conocidas en otras partes de México, está incluida una explicación. El doctor Gustavo Bernal, de Totontepec, Oaxaca, y la profesora Ciria Gaspar, de Los Moches, Sinaloa, leyeron el manuscrito buscando palabras que no conocieron. La revisión del español fue hecho por Ciria y el señor Mike Piper. Es una lástima que cuando se escribe un chiste que fue platicado, siempre se pierde la entonación de la voz. El sonido de la voz da un sabor al chiste, y ayuda mucho con el entendimiento.

Los mestizos de la Sierra Tarahumara viven entre la gente tarahumara, o ralámuli, pero las culturas son muy distintas. No encuentro chistes de este tipo entre los tarahumaras, salvo de lo que platiquen los tarahumaras ya mestizados. Algunos de los relatos que cuentan los tarahumaras han salido en varios libros que incluyen los siguientes:

Cuentos de Antes y Hoy, preparado por Don Burgess, 1970.

Aquí Relata la Gente de Antes lo que Pasaba en su Tiempo,
por Albino Mares Trías, 1975.

Relatos de los Tarahumaras, por Ramón López Batista, 1980.

Tarahumara, por Bob Schalkwijk, Luís González, y Don Burgess, 1985.

Hace menos de 50 años, no había televisión ni radio en la Sierra Tarahumara. Tomás Merás platica que cuando su hermano trajo el primer radio a La Finca, la gente halló cómo prenderlo, pero no halló como apagarlo. Amontonó muchas cobijas encima del radio para callarlo, hasta que al fin se acabó la pila. Ahora hay muchos radios y televisiones, y la gente ya no pasan horas platicando chistes como antes. Algunos de los hijos de los "viejos" ya están saliendo de la sierra para vivir en las ciudades. La cultura de la sierra está cambiando. Por eso es importante conservar la cultura de la gente por medio de libros.

De todos modos la gente, incluyendo algunas mujeres, está todavía muy lista para contar chistes. Llegando a un lugar, yo nada más empezó a platicar de los chistes, y luego, luego empieza la gente a contar los chistes que conoce. Entre ellos, los platican cuando están comiendo o sentados en frente de sus casas o una tienda. Antonio Loera dice que antes los platicaban mucho cuando estaban trabajando en las siembras, pero que ahora casi no los platican en ningún lugar. Algunos serranos que ya son choferes de las trocas de madera a veces platican chistes en la cabina de la troca en los viajes largos, pero muchos de estos chistes son de tipo colorado. La gente no solamente platica los que oyó de los viejos, pero también chistes relacionados con la cultura moderna, como se ve en los chistes de la luz eléctrica y del tren. Hay muchas versiones de los chistes que no están incluidas aquí.

Todos los autores de este libro, menos el señor Rafael Estrada, son conocidos míos desde hace 15 a 25 años. Hemos pasado muchas horas platicando chistes, y me da mucho gusto tener una parte en la presentación de este libro.

Don Burgess McGuire
Recopilador

ANÁLISIS FOLKLÓRICO

Los chistes que se encuentran en este libro son parecidos a los que se encuentran en muchas partes del mundo. El tramposo Pedro Maulas hace las mismas cosas que Pedro de Urdemalas que se encuentra en los chistes contados en otras partes de México, y las mismas que hace el coyote en los cuentos indígenas de las Américas, y las mismas que hace el gran mentiroso del país de Alemania, Baron Muncháusen, y las mismas que hizo Loki en los cuentos contados por los noruegos en el año 1340. Todos son tramposos.

El primer cuento de Don Antonio Méndez da ilustración al hecho de que los cuentos de este libro son parecidos a los cuentos de otros lugares. En muchas partes del mundo hay cuentos de un solo tiro de rifle que mata muchos animales. Yo vi una vez un dibujo en el portal de una novela que enseñaba un bandido matando por lo menos 20 hombres con un solo tiro. Los puso uno atrás del otro. Y me dicen que Pancho Villa, para guardar parque, puso sus víctimas una atrás de la otra para matarlas con un solo tiro. Lo bonito del cuento de Don Antonio, y lo que lo distingue de otros cuentos de este tipo, es que fue posible satisfacer todos los deseos de su mujer con un solo tiro, hasta miel de abeja que usualmente no se saca con un tiro de rifle. Este cuento es claramente una mentira, pero la gente que conoció a Don Antonio dicen que se enojaba con cualquier persona que se reía de sus chistes, pues decía que eran la pura verdad.

Cuentos parecidos a los de este libro también se encuentran en otras recopilaciones de cuentos, como el cuento de la calabaza que era tan grande que toda la manada de yeguas quedaba adentro. En una recopilación de cuentos yaquis recopilados por Frances Toor hace 40 años está el cuento de un sembrador que cosechaba verduras muy grandes. Con un solo elote se llenó una carreta; una cebolla pesaba como 10 kilos; y sus calabazas eran tan grandes que sus mulas se escondieron adentro de una, y tuvo que azotarlas para sacarlas de allí. Claramente este cuento y el cuento de Don Antonio son dos versiones del mismo cuento.

El cuento del hombre que tapó su excremento con su sombrero diciendo que era un pájaro muy raro, y que lo cambió por mulas cargadas con plata, también es muy conocido. Yo lo oí por primera vez en El Paso, Texas cuando tenía cinco años. Fue contado por mi mamá, y el único cambio que hizo ella fue que puso una bola de tierra abajo del sombrero en vez de excremento, pero era el mismo cuento, y el mismo que se encuentra en muchas partes del mundo. Cuentos del rico y el pobre también son muy conocidos. El rico hace la lucha de ganar a su compadre pobre, pero siempre gana el pobre. En el libro de Riley Aiken, Pack Load of Mexican Folk Tales, publicado por La Sociedad Folklórica de Texas, contiene varios de este tipo. La olla que cuece frijoles sin lumbre también es un cuento que se encuentra desde hace siglos. Igual el cuento de Don Cacahuate y su mujer que era tan contra la corriente con él que cuando ella se ahogó en el río, él la buscaba río arriba en vez de río abajo. El señor Vance Randolf recopiló un cuento muy parecido en el lugar montañoso y aislado de los Estados Unidos que se nombra los Ozarks. Y había otros que también eran muy parecidos a los otros cuentos de Don Cacahuate. Será posible seguir

haciendo comparaciones, pues no hay fin de cuentos aquí en este mundo. Los cuentos contados en una parte del mundo siempre son parecidos a los contados en otra parte, no le hace si fueron contados por Don Antonio o por Rafael Fontes, o cualquier otro que sigue la costumbre de contar cuentos. Los cuentos son del mundo, no de una sola región.

A la gente, no le hace de qué país, o de qué cultura, o de qué idioma, le gusta un cuento. No importa que los sepan de memoria, les gustan escucharlos muchas veces. Es como dice Rudolfo Anaya en su traducción de los cuentos recopilados por Juan B. Rael de Nuevo México* cuando dice que tal vez va a llegar el momento en que una persona va a tener que contar chistes junto con otras personas, y el hombre o mujer que no puede contar bien un chiste no va a ser muy aceptado por la demás gente. Si no sabe un chiste, o si cuenta una versión que no está de acuerdo con la que cuenta la gente, entonces le van a regañar. Pero hay muchas versiones, y ¿cuál versión es la correcta? Todos los cuentos tienen su punto de origen, pero cada narrador es distinto, y es fácil adaptar un cuento de una cultura a otra cultura, o a una situación nueva. Es como el tío Rimus de los negros del sur de los Estados Unidos. Él siempre contaba un cuento para ayudar a arreglar los problemas que tenía un niño.

El Sr. Anaya dice que los cuentos de la cultura hispanoamericana llegaron aquí de España, y entonces fueron adaptados a las culturas y cuentos de la gente nativa. Se puede notar esto en las adaptaciones hechas por los mexicanos que contaban los chistes de este libro. Se puede notar su cultura, su español rural, sus pensamientos, y sus costumbres de sembrar la tierra. También se nota que conocen bien a los animales, igual como el esclavo Esopo que tal vez vivía en el país de Grecia hace más de 500 años antes de Jesucristo, y que contaba cuentos de animales. Este conocimiento de la tierra y animales ayuda a hacer los cuentos entendibles por todo el mundo, y por la gente a través de los siglos.

No da sorpresa que la gente sigue contando los chistes después de que murieron los narradores originales, como Don Antonio. A lo mejor, Don Antonio, Esopo, y los demás narradores de chistes ya están sentados juntos en el cielo contando mentiras y haciendo comparaciones entre los cuentos. Quien sabe. Y no da sorpresa que se interesó Don Burgess en estos chistes, pues son el sabor de la vida. Los chistes tocan al corazón, sea mestizo, o gringo, o tarahumara.

Don lo expresó muy apropiadamente cuando dijo: "Un chiste es un tipo de cuento que contiene una mentira que hace reír." Siempre nos gusta escuchar una mentira, o un cuento donde un hombre está engañado. Nos gusta reír. Así es cómo salimos por un rato de la monotonía del trabajo diario. Estos cuentos (incluyendo los de tiempos modernos donde la gente de la sierra se encuentra con electricidad, elevadores, y trenes) dan testimonio de que sigue la necesidad de salir por un momento del trabajo diario. Esperamos que siempre van a haber narradores de cuentos para ayudar a la gente a cumplir con esta necesidad.

John O. West Billingslea
Folklorista
La Universidad de Texas en El Paso

* Anaya, Rudolfo. Cuentos: Tales from the Hispanic Southwest.
Santa Fe: The Museum of New Mexico Press, 1980.

